

Revista

LOTERIA

Nº 177

AGOSTO DE 1970

**Publicación mensual de la
 LOTERIA NACIONAL
 DE BENEFICENCIA**

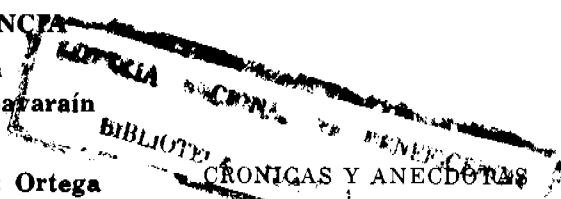
Licenciada
Amanda V. de Savarain
 Directora

Aristides Martínez Ortega
 Editor

Oficina: Departamento de
 Relaciones Públicas
 Avenida 7a. - Central
 Tel.: 22-7300 - Apto.: 21
 Panamá 1, R. de Panamá

Distribución gratuita

Impresa en:
 "Impresora Panamá, S. A."



La Cruz de los Escartines. —
Fray Rodrigo 52

La muerte del primer presidente
 de Panamá. —
Ernesto J. Castillero 55

La familia Von Trapp. —
Lola C. de Tapia 59

Panameños de la época colonial. —
Juan A. Susto 62

José Vasconcelos. —
Demétrio Korsí 71

OBRAS Y AUTORES

Elogio de la sombra 74

Meditaciones en torno a lo pana-
 meño 79

Con la llave en el suelo 79

Peccata Minuta 80

POESIA

Para ir con el viento. —
Roberto Luzcando 81

CUENTO

Sueño compartido. —
Enrique Jaramillo Levi 89

El Mural. —
Alvaro Menéndez Franco 93

ENSAYOS Y MONOGRAFIAS

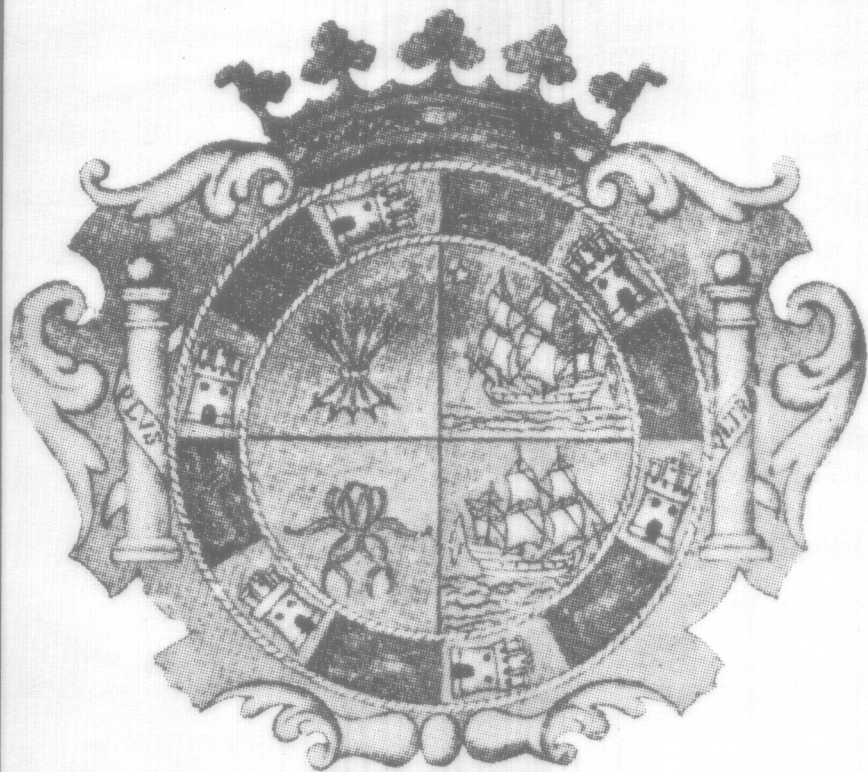
La cultura en América durante el
 período colonial. —
Moisés Chong 3

El Complejo de San Román: Che-
 po. — *De la Guardia, Miranda
 y Aguilar* 13

Conciencia vital y sicología de la
 libertad en Bergson. —
Dr. Alberto Osorio 18

Panorama histórico - cultural de
 Cuba. — *Dr. Julio C. Moreno D.* 26

Darío Herrera. — *R. Miró* 39



y queremos que tenga por armas un escudo el campo dorado y en la mitad del a la mano derecha un yugo y un manojo de flechas pardillo todo con los cascos azules y plumas plateadas lo cual es la divisa de los católicos Rey e Reyna nros padres e abuelos e señores que ayan tanta gloria y en la otra mitad dos caravelas por señal que esperamos en nro señor que por allí se ha de hacer el descubrimiento de la especeria y encima dellas una estrella en señal del polo antartico y por orla de dho. escudo castillos y leones en un escudo a tal como este .

Escudo de armas de la ciudad de Panamá, que este mes de Agosto cumple 451 años de fundada.

MOISES CHONG

La cultura en América durante el período colonial

El gran maestro argentino, José Ingenieros, en su obra, **SOCIOLOGIA ARGENTINA**, señala el hecho de que en menos de cuatro siglos han desaparecido del continente americano la mayor parte de los **grupos indígenas**, grupos que no pudieron adaptarse a las modalidades de vida y existencia traída por los conquistadores españoles. Efectivamente, se ha podido comprobar mediante **estadísticas**, relatos y otros estudios sistemáticos que el choque de lo hispánico con lo indígena produjo una disminución notable en la capacidad del nativo americano en cuanto a creación se refiere. La esclavitud del indio y del negro fue consecuencia inevitable de este impacto en donde una cultura más técnica y más provista de

medios de destrucción, más dada a las grandes aventuras y a las grandes ideas, fue capaz de imponerse hasta tal punto que llegó a borrar muchos de los vestigios de las civilizaciones precolombinas.

Llama la atención que fue, precisamente en este aspecto de la esclavitud en donde se dio comienzo a aquella gran polémica de la legitimidad o no legitimidad de la Conquista española en América. Es natural que España, como nación que acababa de realizar su unidad política en su lucha contra los moros; como pueblo acostumbrado a luchar en todos los frentes, llevaba dentro de sí un impulso que la arrojó a esta gran odisea, cuyas consecuencias todavía estamos viendo. Lo que se llama hoy

día la "filosofía de la conquista", no es otra cosa que el punto de vista oficial de la España de los Reyes Católicos, envanecida por sus triunfos sobre los musulmanes y por los "derechos" otorgados por el **Papa Alejandro VI**, pontífice de origen español. Por eso, como anota **Francisco Morales Padrón**, en su **FISONOMIA DE LA CONQUISTA**, la acción conquistadora de la Corona se basa, justamente, en el denominado "título pontificio". Expresa Morales Padrón que el fundamento de tal doctrina venía de una vieja opinión de **Enrique de Suza**, cardenal arzobispo de Ostia, para el cual el Sumo Pontífice tenía la máxima autoridad y poder temporal y espiritual como heredero o vicario de Cristo. Según esta doctrina, el Papa podía conferir a otros este poder otorgado a partir de San Pedro.

Un consejero de los Reyes Católicos, **Juan de López de Palacio y Rubios**, basado en estos supuestos teológicos, aplicó esta tesis al caso del Nuevo Mundo. La polémica la encendió el dominico **Fray Antonio de Montesinos**, quien imbuido de un espíritu cristiano y humanista, lanzó en Santo Domingo una diatriba, a manera de sermón, contra las arbitrariedades y abusos de que eran objeto los indios, poniendo así en marcha un antagonismo ideológico que tuvo resonancias en todos el mundo europeo, principalmente en España. Debemos tomar en cuenta que los **dominicos** nunca miraron como cosa bien he-

cha la institución llamada "repartimiento" que, en el fondo, era una manera de someter al indio a la servidumbre esclava. En cambio, los **franciscanos** consideraron esta situación como un fenómeno que no tenía remedio, como un acontecimiento incurable y al cual era mejor someterse y aceptarlo; su espíritu más dado a la contemplación que a la acción les hacía tomar esta actitud pasiva. La esclavitud del indio que dio inicio a este vasto movimiento polémico, la había iniciado Cristóbal Colón cuando llevó a la propia España varios ejemplares de éstos, acontecimiento que nadie pudo prever, sería de consecuencias incalculables para la formación, un poco más tarde, de la famosa **leyenda negra**.

Es bien sabido que el primer documento jurídico con relación a las cuestiones americanas fue la Bula del Papa Alejandro VI, documento que fue luego incorporado a la célebre **RECOPIACION DE INDIAS**, verdadero código de disposiciones y reglamentaciones que serviría de **instrumento legal** para la conquista y la empresa colonizadora españolas. Luego le sigue una especie de acto legislativo, las llamadas **Capitulaciones** y, más tarde, las **Leyes de Burgo**. Si bien es cierto que Cristóbal Colón fue el primero en llevar a España indios en calidad de esclavos, no podemos olvidar que, por un acto de piedad cristiana, se introdujo la esclavitud negra en América, a solicitud del Padre de las Casas, quien proyectaba utópi-

camente fundar una **colonia modelo** en la costa de Cumaná, Venezuela, según los principios de la Religión Cristiana. Paralelamente había un cierto **prejuicio** contra el indio como cuando Oviedo los calificaba de gente perezosa y llena de vicios; gente melancólica, cobarde y, en general, mentirosa y dada a la holganza. La misma reina Isabel la Católica expresaba que los indios "no deberán bañarse con tanta frecuencia como hasta aquí lo han hecho, porque según nuestros informes, les causa mucho daño" (?). Todas estas opiniones se fundaban en un desconocimiento completo y total de la naturaleza del indio, de su idiosincracia, de su modo de ver las cosas, de su manera de vivir la vida.

También es de nuestro conocimiento que le cupo a Palacios Rubios la redacción del famoso **Requerimiento**, instrumento legal mediante el cual los capitanes españoles hacían saber a los aborígenes que ellos, los capitanes, venían en nombre de un Rey poderoso y respaldado por la donación papal. La sorpresa y expectación del indio ante los requerimientos, está de más describirlos. El caritativo Padre de las Casas dedicó con gran apasionamiento todo un capítulo para refutar tales procedimientos y que según el propio Oviedo, sólo llegó a servir de instrumento de burla, ya que su aplicación fue algo ridículo, risible, por las respuestas de los aborígenes, o bien por la ignorancia del contenido de un documento que para ellos

nada decía. La llamada "guerra justa" se fundó en la no aceptación del Requerimiento por parte de los indios. A este respecto, cabe mencionar al humanista español, **Juan Luis Vives** quien con gran agudeza e ingenio decía que esto de distinguir entre "guerras justas" y "guerras injustas" no era otra cosa que una treta o una maña muy hábilmente utilizada por los traficantes de guerras en su provecho propio. No existe la menor duda de que un espíritu como el de Vives, que había respirado el aire fresco del **humanismo** y que había escrito varias obras en contra del **escolasticismo** y de la autoridad de Aristóteles, que se había nutrido de la savia más viva de los Evangelios, llegara a tan penetrante observación.

Según observaciones hechas por **Alvaro Yunque**, hubo teólogos, hombres de Iglesia que estuvieron prácticamente al servicio de los intereses de los conquistadores españoles y cuyo poco afecto por el indio los llevó a negarle un alma a los aborígenes americanos. Pero le salieron al paso otros teólogos de la talla de Montesinos y de las Casas que expusieron una teoría contraria y que favorecía al indio americano. El Padre de las Casas veía un hermano en cada indio, un ser que merecía un trato humano, por lo que sólo pensaba **conquistar en forma pacífica** e incruenta a estos indígenas que desconocían los preceptos de la religión cristiana, pero cuya alma era pura y buena. La empresa gigantesca y titá-

nica que llevó a cabo el Padre de Las Casas, cuya vida se vio en peligro ante el rencor de sus enemigos, recibió la generosa ayuda y protección del Cardenal **Jiménez de Cisneros**, regente del Estado español y hombre de relevantes méritos, impregnado del nuevo espíritu humanista.

La tesis de la **servidumbre natural** se remonta al filósofo griego, Aristóteles, quien hablaba del "esclavo por naturaleza". En su conocida obra **LA POLITICA**, se expresa de la siguiente manera: "La naturaleza, teniendo en cuenta la necesidad de la conservación, ha creado a unos seres para mandar y a otros para obedecer"; que la naturaleza "ha querido que el ser dotado de razón y de previsión mande como dueño", etc. Ya es conocida la forma cerrada y dogmática que caracterizó al pensamiento de la Edad Media. Aristóteles y Ptolomeo fueron los puntales, los ejes teóricos, sobre los cuales el pensamiento eclesiástico se enmarcó con algunas ideas matrices de la Antigüedad clásica. ¿De dónde España su "derecho" para conquistar estas tierras y someter al indio, a arrebatarles sus bienes y a evangelizarlos? Este derecho se fundaba, teóricamente, en la religión cristiana, la cual daba a cada creyente la responsabilidad de catequizar a los **paganos**. Esta idea, legítima desde el punto de vista teológico, se convirtió, en manos de los conquistadores, en una bandera para justificar todo género de rapiñas, voracidad y crueldad

sin límites. Indio que no se sometía había que quemarlo, quitarle sus bienes, dispersar a su familia. Y si bien la Corona se dio cuenta de estos desmanes y trató de suavizar la violencia en la Conquista, se llegó a hacer común aquello de que "la ley se acata pero no se cumple". Disposiciones, leyes, acuerdos, reglamentaciones reales no eran cumplidas al pie de la letra y por más que se fiscalizara la acción de los funcionarios encargados de poner en vigencia tales reglamentaciones, no faltaron muchos de ellos que se enriquecían y se burlaban de las sanciones impuestas por los **juicios de residencia**. En otras ocasiones los fiscalizadores se hacían la vista gorda y también participaban de parte del botín.

Pero insistamos en el problema de la licitud de la colonización española en América. El teólogo y jurista español, **Francisco de Vitoria** (1486-1546), perteneciente a la Orden de los dominicos, resumió una serie de conferencias públicas aparecidas bajo el título de **RELECTIO-NES DE INDIS**, Relecciones de Indias, aparecidas en 1539. Allí plantea el problema de la legitimidad de la conquista española en América. Tomando como base el derecho natural, sostuvo que "los indios, antes que los españoles llegasen a descubrir aquellas tierras, eran verdaderos dueños de las mismas". Y en esto se oponía a la recalitrante opinión de **Ginés de Sepúlveda** y del mismo emperador Carlos

V. En un magnífico ensayo del historiador Lewis Hanke, éste afirma que Sepúlveda declaró que era lícito y de necesidad la guerra contra los indios por estas cuatro razones: por la gravedad de los pecados cometidos por los indios (idolatría y pecados contra natura), por la rudeza de éstos en comparación con el elemento español, para difundir la fe, la cual se conseguiría más rápidamente si antes se sometía a los indios y por último, con el fin de amparar a los débiles que había dentro de los núcleos aborígenes. Ahora bien, según el Padre Vitoria, las únicas acciones permisibles en este asunto son las que se fundan en la ley y de que todo derecho es potestativo de todos los pueblos, independientemente de si son o no son cristianos. Mediante la lectura de las célebres Relecciones se comenzó a tomar conciencia de la existencia de un nuevo derecho, el **Derecho Internacional**, concepto que obedecía a la nueva relación de fuerzas que se iba imponiendo en todo el mundo conocido, la idea de una comunidad internacional de naciones que tenían entre sí mutuos y comunes intereses. Según la autorizada opinión de **Antonio Gómez Robledo**, en su **POLITICA DE VITORIA**, "un hombre de letras divinas y humanas, teólogo y jurista, se yergue inerte frente a su emperador, poniendo en entredicho sus títulos de dominio sobre América". Y más adelante: por esa sola dubitación inicial, fundada sobre el supuesto previo de que los indios eran verdaderos se-

ñores de sus posesiones, Vitoria cuenta para nosotros, americanos, entre los fundadores de nuestra nacionalidad continental". Anota también el mencionado autor americano que Vitoria sostuvo la tesis de la **racionalidad** del aborigen americano; que Vitoria defendió el principio de que el indio americano fue desde el inicio de los tiempos, un **hombre libre**; que este ilustre teólogo fue el legislador de esta norma fundamental y que su obra ha sido la primera carta continental de independencia y jamás el mensaje de un **James Monroe**. Y en realidad, no hubo, según Vitoria, ningún título original de conquista ni nada que legalmente la justificara.

Es de interés consignar ahora lo que, a juicio del Padre Vitoria, se considera, por un lado, como títulos legítimos y, por el otro, como títulos ilegítimos de la Conquista. Como **títulos legítimos** anota Vitoria los siguientes: el derecho de sociedad natural y comunicación, la oposición a la predicación evangélica, el posible retorno a la idolatría favorecido por los señores autóctonos, la persecución de los nuevos conversos, la elección libre, los Tratados de alianza. Estos principios los basó él en el concepto helénico de la universalidad de la razón, en la idea romana del Derecho en sí mismo, en el Evangelio y en el amor a todos los pueblos. Y como **títulos ilegítimos**, pasan como tales los siguientes: la autoridad universal del emperador, la autoridad del ro-

mano pontífice, los pecados de los indios, el derecho de descubrimiento, la renuencia del indio a abrazar el Evangelio, la cesión coactiva y los derechos providenciales. Ya sabemos que en 1588 el Papa Sixto V hizo incluir en el Índice de los libros prohibidos las Relecciones del Padre Vitoria. Es verdaderamente sorprendente cómo un teólogo católico puso en entredicho la autoridad del Papa y del emperador en este tipo de cuestiones en una época en que España no estaba incorporada plenamente a las corrientes renacentistas. A la verdad, el Padre Vitoria no negó en ningún momento que Cristo fuera rey con plenitud espiritual y terrenal. Lo que no admitió fue que Cristo hubiera delegado en su Iglesia su poder temporal sobre el mundo. En resumidas cuentas, tenemos frente a frente dos tesis: la una intolerable, violenta, conservadora y defensora de la servidumbre natural, como en el caso de Gines de Sepúlveda y **Francisco López Gómara**, quien veía en la conquista la afirmación y la realización de ciertos valores civilizadores. La otra tesis, defendida por Montesinos, Las Casas, Vitoria, etc., más a tono con el espíritu de los Evangelios y con el Humanismo renacentista. Unos negándole racionalidad al indio, considerándolo como un ente que ha nacido sólo para servir, para ser mandado. Otros, afirmando la calidad humana del indio y su capacidad creadora y asimilativa. Los unos estaban aún viviendo dentro del marco del espíritu medieval y

escolástica ruda; los otros eran hombres, igualmente de Iglesia, pero empapados de un sentimiento más cristiano, diríamos, y envueltos en la juvenil atmósfera del Renacimiento, propugnando un método racional y pacífico para la predicación de la fe y exaltando la paz.

El Espíritu Renacentista durante la Conquista.*

Importa señalar que existen dos teorías antitéticas con respecto al carácter de la Conquista española en el Nuevo Mundo. La una, colonialista y tradicionalista; la segunda, liberal y revolucionaria. El descubrimiento de América trajo como consecuencia —ya lo hemos visto—, reacciones de diversa índole. Los hombres que realizaron la conquista no eran propiamente hablando, hombres preocupados por evangelizar estas tierras ni por llevar la enseñanza a estas latitudes. Pero junto a ellos vinieron clérigos profundamente convencidos de su vocación religiosa; personas empapadas de doctrinas teológicas, políticas, filosóficas, morales, jurídicas. Aquellos clérigos que más de cerca vivieron la Conquista, con todas sus matanzas y todos sus horrores y que presenciaron una especie de **genocidio** contra la raza aborígen, no llegaron a aprobar estos métodos dignos de un Tamerlán o de un Atila. Como quiera que el marco histórico de la Conquista y la Colonización pertenece al Renacimiento, es natural pensar que muchos de esos hombres de Iglesia, atraí-

dos por las bondades y el humanismo del Renacimiento, quisieran imponer en forma pacífica, y con el ejemplo, aquella atmósfera intelectual y moralizante que significaban los ideales utópicos del Renacimiento. Algunos de ellos, penetrados de un profundo amor a todo lo indígena, verdaderos espíritus románticos, llegaron hasta a exagerar la violencia y las exacciones del elemento conquistador, como el Padre de las Casas, cuya **BREVISIMA RELACION DE LA DESTRUCCION DE LAS INDIAS** dio lugar al nacimiento de la **leyenda negra** contra España, en donde este país encarnaba todo el mal y toda la perversidad. Pero si bien esta leyenda negra exageró la voracidad del conquistador, ello no justifica de ningún modo su antítesis, la **leyenda blanca**, que trata de ver en los españoles a caballeros de una grandiosa cruzada de tipo espiritual, a santos varones cuyo único designio era la evangelización, la creación de centros docentes, y no la búsqueda del oro. Ni la una ni la otra pueden ser sostenidas con argumentos veraces porque ambas leyendas se basan, no en el raciocinio sino en el apasionamiento, en la vehemencia, en el fanatismo. Sin embargo, circula entre los representantes de la tendencia liberal y humanista el deseo de modelar la arcilla americana según los arquetipos o modelos europeos, ya que ve en estos territorios el lugar más adecuado para realizar ideales de alto vuelo. ¿No vio acaso Cristóbal Colón, en su tercer viaje, el

Paraíso Terrenal en las regiones del delta del Orinoco? Incluso un hombre tan versado como **Antonio de León Pinelo**, en el siglo XVII, estaba persuadido de que el Arca de Noé había salido de algún lugar de América. Todo esto tiene un aire utópico, humanista, propio de una época dispuesta a darle rienda suelta a la imaginación.

Vale destacar a dos grandes representantes del espíritu renacentista durante el período de la Conquista. Ellos son, Juan de Zumárraga y Vasco de Quiroga. **Juan de Zumárraga** (1468-1548) fue el primer obispo que tuvo el Virreinato de la Nueva España; ha sido considerado un apóstol de la devoción espiritual, empapado de severidad **erasmista**, por la sobriedad de su vida; un hombre que dedicó gran parte de su vida a la educación de los indios. Fundó, según se sabe, el Colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, verdadero centro de humanidades en donde se fundían los estudios latinos con las lenguas indígenas. No podemos pasar inadvertidas algunas de las realizaciones de Zumárraga: por querer proteger a los indios, encontró serias dificultades ante la Corte, pero bien pronto logró sobreponerse a todas las calumnias y falsedades de que fue objeto, con el fin de perderlo, sus enemigos. Logró domeñar entre el elemento indígena sus prácticas idolátricas y los sacrificios humanos. Llevó a México, por primera vez, la imprenta y creó también la primera Bi-

biblioteca en esa región del Nuevo Mundo, así como la promoción de la idea de fundar la **primera universidad** que tuvo América en tierra azteca. Según lo explica Mariano Pichón Salas, el obispo Zumárraga no pensó únicamente en sus deberes inherentes a su cargo de Obispo, sino también en cuestiones relativas a la economía en su aspecto artesanal. En el pensamiento de Zumárraga, está la idea de que le toca a la Iglesia buscar la justicia y la ecuanimidad, conciliando dos sociedades, dos mundos bien diferentes entre sí como lo eran el hispánico y el indígena. Si bien el obispo Zumárraga no entró en la lid ideológica en torno a la legitimidad o no legitimidad de la Conquista, su acción y su pensamiento estaban dentro del espíritu renacentista de un Victoria, de un Erasmo, de un Thomas Moro.

Otro de los que se destacan en su labor humanista en el Nuevo Mundo fue **Vasco de Quiroga** (1470-1565), quien fuera obispo de Michoacán y quien organizó a sus fieles seguidores en aldeas de tipo comunal, inspirándose en el pensamiento de Thomas Moro, expresado a través de su célebre UTOPIA. Actuando con este criterio, construyó también uno de los primeros hospitales de México, el Hospital de Santa Fe. Como Zumárraga, su concepción de la vida era humanista y cristiana y decididamente antiesclavista. También puso todos sus afares por la enseñanza de artes y oficios a los nativos, tratan-

do en lo posible que cada comunidad llegara a especializarse en una industria o una artesanía como forma de regeneración moral y de constructivismo intelectual. Por eso, su acción **pedagógica** tuvo vasta resonancia, tanto por lo ambicioso de sus planes utópicos como por la eficacia para ponerlos en práctica, esto es, llevarlos a la realidad. En las fundaciones que estableció, Vasco de Quiroga no concebía la propiedad en el sentido egoísta del término, como algo personal, sino en función de la familia, siendo la familia la comunidad misma. Aquí se mezclan, como se deja de ver, lo evangélico con lo humanista, lo cristiano con el espíritu clásico de las utopías. Estas noticias han sido recogidas con gran esmero en algunas obras de autores contemporáneos como los mexicanos Edmundo O'Gorman y Silvio Zavala. éste último autor de **LA "UTOPIA" DE TOMAS MORO EN LA NUEVA ESPAÑA**, publicada en México, en 1937. Son dignos de destacarse también en esta dura faena humanista, **Fray Toribio de Benavente**, llamado por los indios, **Motolinía**, "el pobrecito", nombre que le venía por su espíritu consagrado a la caridad y la práctica de la humildad más sincera. Oportuno es destacar también a **Fray Pedro de Gante** (1480-1572), quien fundó en México la primera escuela industrial que hubo en la Nueva España. No es de extrañar este acto en un hombre, misionero y educador por vocación, dedicado en cuerpo y alma a ilustrar a los

indios sin que ello fuera en menoscabo de las ricas tradiciones de las culturas nativas; esto es, su tentativa pedagógica por la redención del indio, no consistía tanto en atiborrarle la mente de letras europeas, griegas o latinas, sino más bien en perfeccionar los oficios y las artes provenientes de sus antepasados. No nos demos terminar esta corta enumeración sin mencionar a **Frav Antonio de la Calancha** (1584-1654), cronista y humanista boliviano que hizo papel semejante en la América del Sur. Estos y muchos otros misioneros fueron los adalides de una sociedad nueva en el mundo colonial; hombres que se dieron cuenta de la inevitabilidad del progreso material y espiritual en un Continente con inmensos recursos naturales, con posibilidades casi ilimitadas; fueron hombres que sintieron la necesidad del cambio, del salto hacia nuevas formas de convivencia que superaran en lo posible, el espíritu de rapiña y de voracidad que caracterizó los primeros decenios de la Conquista. Sus afanes y sus desvelos no fueron siempre bien comprendidos o bien interpretados, simplemente porque sus ideales humanistas iban mucho más allá de la rapacidad del naciente capitalismo, deseoso de más y más riquezas. Ellos, los clérigos humanistas, veían un porvenir mejor y sobrepasaban en mentalidad progresista a los que sentían con cierto dolor y que-mazón cómo se iba esfumando la idílica sociedad medieval, con su orden social rígido y

enervante, con sus moldes escolásticos superados en gran medida por los progresos técnicos y científicos que comenzaban a desarrollarse con mayor ímpetu con el Descubrimiento de América. La conquista española en la América Latina fue, pues, dura, cruel, pérfida, pero estos hombres como Zumárraga, Quiroga, Toribio de Benevente, Pedro de Gante y otros, suavizaron, disminuyeron o moderaron en gran medida todo el lado negro de la conquista, proponiendo y efectuando en la práctica fórmulas de reconciliación, de amor, de fraternidad, de caridad, de instrucción, de verdadero espíritu evangélico.

No faltan quienes objetan este carácter utilitario que se le atribuye al conquistador español. Ya **Solórzano Pereira** comentaba esta situación de la manera siguiente: "la palabra "conquista" ha parecido odiosa y se ha quitado de estas pacificaciones, porque no se han de hacer ruido con las armas, sino con caridad y buen modo". Morales Padrón nos dice, por su parte, que el conquistador español era un hombre perteneciente a dos mundos, un hombre de frontera y que obedecía, así, a un doble impulso. No podía prescindir, nos dice, de la herencia medieval, del sentido tradicional, pero tampoco del vitalismo del Renacimiento. Es curioso el hecho de que el elemento perteneciente a ciertas Ordenes religiosas, como los franciscanos y los dominicos, el Renacimiento les despierta

más aún un sentido cristiano; pero al soldado, al conquistador, el Renacimiento le proporciona un impulso vital, un deseo inmenso de ganar glo-

ria, de conseguir el poder económico y de alta posición social: dos reacciones diferentes frente a un mismo fenómeno, el Renacimiento.

El complejo de San Román: Chepo

Siguiendo hacia el sur el curso del Río Mamóní, hasta donde afluye en el Río Chepo, se escalonan los poblados de Chepo y La Capitana.

Casi frente a La Capitana hay una finca de la familia Rodaniche, de la ciudad de Panamá, llamada San Román.

La señora Esther de Rodaniche con un espíritu enorme, se dedicó por tiempo a coleccionar fragmentos y piezas de cerámica y piedra que traían los peones del campo cercano, obtenidas en el desempeño de sus labores.

Este escrito se hace a manera de introducción al tema del arte prehistórico de Chepo, poco conocido aún entre especialistas de Prehistoria de Panamá.

Se muestra una colección de estupendos dibujos a tinta debido al artista Edgar Soberón.

Las descripciones y medidas de los objetos fueron hechas por la Lic. Marta Isabel Aguilar y las ideas generales dadas a Max Miranda.

El sitio arqueológico de San Román lleva el número de control CO-104 — Se trata de un sitio levemente ondulado, rodeado por un lado por el Río Mamóní y por otro lado por el Río Chepo.

No hay informes coherentes sobre la forma de las tumbas pero todos los datos hacen suponer que se trata de escondites superficiales de cerámica de menos de 0.50 centímetros de hondo.

Observando el conjunto de piezas de San Román, resaltan dos hechos dignos de atención.

En primer lugar la ausencia de pintura y la segunda la insistencia en el uso de técnicas formativas como incisos, aplicaciones, carrizados, punteados, modelados desde el interior y pastillaje.

El juego de estas características tipifican la colección y sugieren antigüedad.

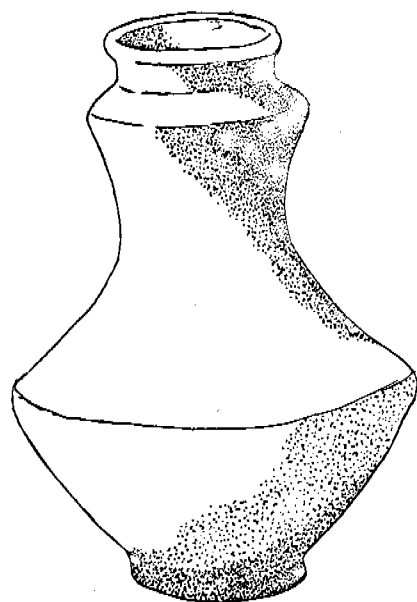


Figura No. 1. San Román
Botella con base anular

Medidas:

Altura: 14½ cm.
Parte más angosta del cuerpo: 16 cm.
Parte más ancha del cuerpo: 34 cm.
Grosor del borde: 1 cm.

San Román nos recuerda otro sitio, distante unas decenas de kilómetros, La Joyita, en el Distrito de Panamá.

En la Joyita se presentan los motivos, tales como aves y lagartos, modelados desde adentro o inciso.

Sugerimos que el Complejo de San Román debemos ponerlo en la lista de lugares cronológicamente tempranos, del Oriente de Panamá.



Figura No. 2. San Román
Botella de forma ovalada y cuello estrecho, con una pestaña en la parte superior del mismo.

Medidas:

Altura: 15½ cm.
Parte más ancha de la vasija: 48½ cm.
Altura del cuello: 4 cm.
Largo de la pestaña: 6 cm.
Grosor del borde: 1 cm.

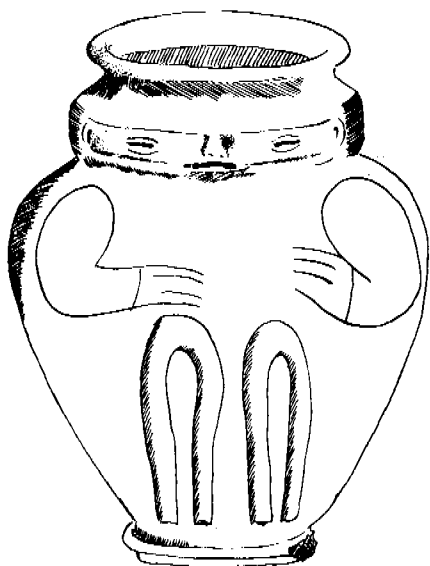


Figura No. 3. San Román
Vasija-Efigie

Medidas:

Altura: 18½ cm.

Parte más ancha de la vasija: 52 cm.

Altura del cuello: 4¼ cm.

Grosor del borde: 1 cm.

La figura tiene las siguientes
medidas:

Cara: 10 cm.

Ancho de la parte superior del
cuerpo: 18 cm.

Altura de las piernas: 10 cm.

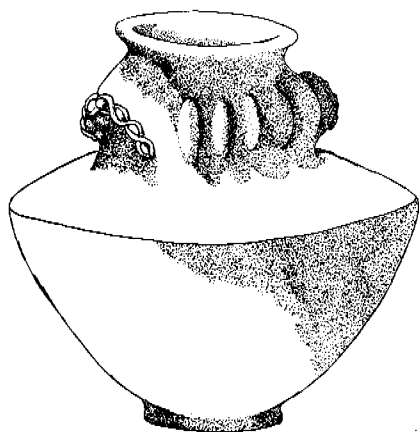


Figura No. 4. San Román
Tinaja de cuello zoomórfico

Medidas:

Altura: 16 cm.

Parte más ancha de la vasija: 55 cm.

Grosor del borde: 1 cm.

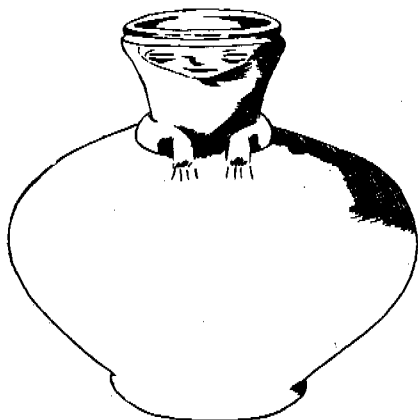


Figura No. 5. San Román

Botellón efigie

Medidas:

Altura: 14 cm.

Parte más ancha: 45 cm.

Altura del cuello: 4¼ cm.

Grosor del borde: 1 cm.

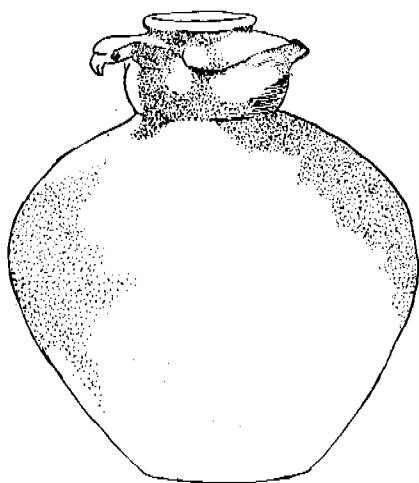


Figura No. 6. San Román
Efigie de ave

Medidas:

Altura total de la vasija: 14 cm.

Parte más ancha: 40½ cm.

Altura del cuello: 3 cm.

Grosor del borde: 1 cm.

La figura tiene las siguientes
medidas:

Ancho del cuerpo: 7 cm.

Longitud de la figura: 10 cm.

Cabeza: 3 cm.

Ancho del cuerpo: 7 cm.



Figura No. 7. San Román
Botellón con pestaña caída en
el cuello

Medidas:

Altura total de la vasija: 13½ cm.

Parte más ancha: 40 cm.

Altura del cuello: 3½ cm.

Las figuras tienen las siguientes
medidas:

Altura de la figura: 6 cm.

Distancia de uno a otro: 4 cm.

Largo del pico: 2½ cm.

Tamaño de las patas: 2½ cm.

Ancho del cuerpo del animal: 3 cm.



Figura No. 8. San Román
Tinaja de zancudas

Medidas:

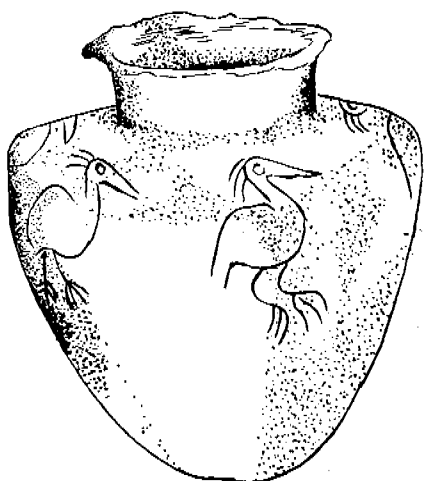
Altura: 13½ cm.

Parte más ancha: 48 cm.

Altura del cuello: 3½ cm. cm.

Grosor del borde: 1 cm.

Largo de la pestaña: 4 cm.



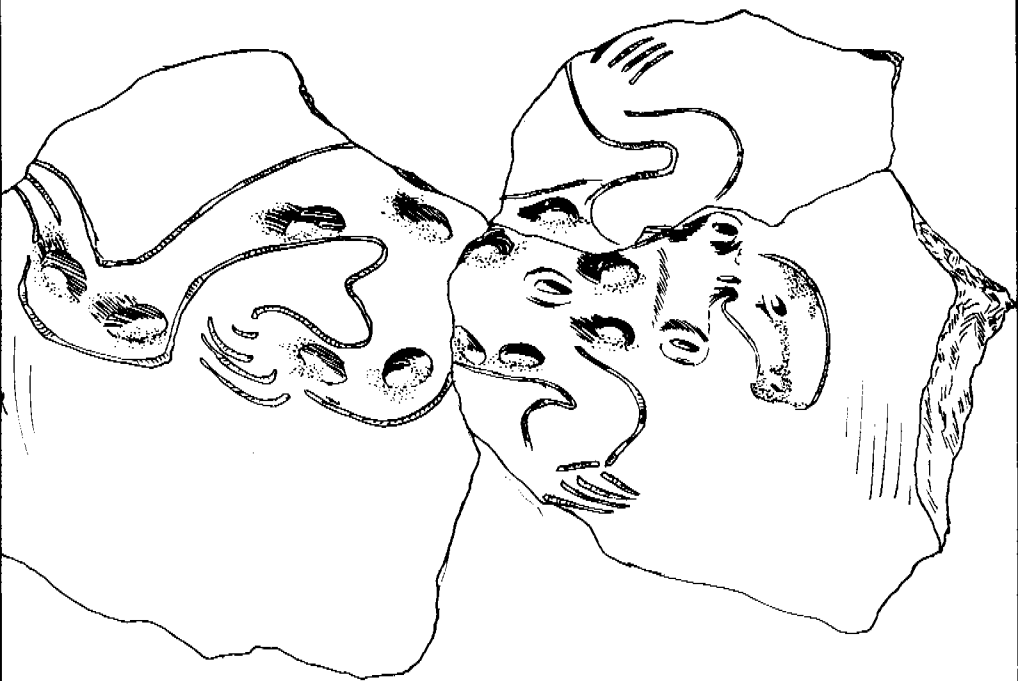


Figura No. 9. San Román
Cocodrilo Sumergido

Color Natural Pulido

29 cm. largo — Fragmento
Pertenece a una gran
Urna Funeraria. |

Conciencia vital y sicología de la libertad en Bergson

"La fe y la pura intelección pertenecen ambas al elemento de la conciencia pura; ellas son también el retorno del mundo efectivo de la cultura".

Hegel — Fenomenología

Cada año, el "tiempo de relojes y calendarios" marca el 14 de julio, episodio trascendental en el transcurrir de las eras y en los fastos de la humanidad.

Francia, cuna y martillo de de las ideas, lanzó al mundo el postulado incendiario de la gran Revolución, cuyas chispas prenderían la fogata de las radicales transformaciones de la edad contemporánea.

En cambio violento se trajo la obra monumental de los enciclopedistas que, endiosando a la razón, creyeron acertadamente que un período de la historia tocaba a su fin.

Desde entonces, el pensamiento francés ha marchado en línea paralela con los mo-

vimientos sociales y libertarios, divisa de nuestro tiempo.

La libertad, que engendra la fraternal igualdad de los hombres, mantiene vigencia perenne. Caro ideal de la especie, ella parece condicionar la mentalidad del hombre moderno e inspirar las luchas en los complejos órdenes de la vida.

En homenaje y memoria a la efemérides y su constructivo ascendiente, pretendemos esbozar los conceptos básicos de la reflexión bergsoniana referentes a la vida concien- cial y el filum social que lleva al hombre, estupendo producto de la evolución, a integrar el grupo, a fabricar la civilización.

Humanidad y libertad se equivalen. Las filosofías fran-

cesas, con especialidad el bergsonismo, se han hecho eco del irrompible binomio tautológico que los términos expresan.

Al filosofar por sistema, Bergson partió de las tendencias materialistas, positivas, mecánicas y científicas que distinguen el proceloso devenir ideológico del siglo pasado. Sin embargo su pensamiento intuitivo recibió la impronta de las corrientes en boga, influencia que el pensador asimiló para espiritualizarla y hacer de ella el medio y el espíritu medular de su filosofía.

El "positivismo" bergsoniano se fundamenta en el método, no en la intención.

Desde LOS DATOS INMEDIATOS DE LA CONCIENCIA hasta las DOS FUENTES DE LA MORAL Y LA RELIGION, sin olvidar MATERIA Y MEMORIA y EL PENSAMIENTO Y LO MOVIBLE, el filósofo ha admitido el valor de la experimentación científica, transplantada al terreno de las disciplinas humanas.

Yendo más allá del panorama antro-po-cósmico incompleto de las ciencias y filosofías surgidas del cuadro mecanicista que legara el siglo XVIII, y que en la centuria siguiente se traduce en las escuelas apuntadas, Bergson ostenta el gran mérito de haber provocado la reconciliación de la Filosofía, Psicología y Sociología con el reino del espíritu.

Exaltada la ciencia como único y último principio ex-

plicativo, la Divinidad había sido relegada al contexto de emociones poéticas, legados estéticos y temores religiosos irracionales.

Frente al positivismo sociológico, con su teoría de los tres estamentos y su religión de la humanidad, la Religión revelada parecía un inocente sueño de la infancia remota del género pensante. La diosa ciencia se identificaba con la diosa razón de los ilustrados.

Dios pasaba a ser una pobre entelequia.

Edouard Le Roy intitula una de sus obras "Una Filosofía Nueva"; en honor a la verdad, el bergsonismo lo fue.

Reconocer al espíritu sus derechos, he allí la clave del pensamiento rejuvenecido. Tal noción permanece cual pilar irrefutable del estilo distinto de filosofar que Bergson instaura.

De la experiencia de nuestra existencia y del análisis de la conciencia donde anidan facultades admirables al contacto experimental de personalidades privilegiadas con el Absoluto, todo el sistema respira el rigor del método empleado y la escrupulosidad investigadora del pensador que sólo admitía una reflexión filosófica científica en ese sentido y una ciencia humanística impregnada de preceptos que dignificaron al hombre, elevándolo por consiguiente a un nivel material y ético propio de su estirpe.

La filosofía distinta que propone Bergson se dirige a romper los moldes rígidos del pensamiento post-romántico, casi en su totalidad penetrado de materialismo positivista, conocida tónica del siglo XIX.

Bergson trata de armonizar la abismal oposición entre el idealismo que desconocía la explicación metafísica del universo a nivel de espacio y tiempo y los científicos y pragmáticos para quienes la experimentación y la relatividad eran categorías insuperables de la realidad.

Para efectuar el tránsito del idealismo exagerado al realismo con sesgos materialistas bastaba sustituir nuestra representación por las relaciones matemáticas y exactas de las representaciones mismas.

El pensamiento filosófico llegaba, en el instante de la aparición del bergsonismo, a una encrucijada en que se hacía imperioso optar, ya un concepto de la realidad "derramada" en el espacio físico, ya la idea según la cual lo real psíquico es un receptáculo de potencias actualizables.

Un doble propósito persigue la actitud del pensador:

a) conocer intuitivamente la realidad, tanto interna como exterior, vibrando al unísono con la melodía acordada del mundo.

b) servirse pragmáticamente del universo externo para que el hombre mejore su vida espiritual y temporal.

En ese sentido comprendida, la filosofía es una conversión, un regreso hacia el espíritu, una salida del marco inflexible de la lógica y de las ciencias naturales a fin de recuperar el fondo íntimo de nuestras conciencias que "duran" psicológicamente.

La metafísica debe ir de la realidad a los conceptos, invertir la orientación acostumbrada del pensar, aprehender la realidad e instalarse en medio del flujo de la vida interior y de la evolución creadora inventiva.

El devenir del espíritu humano y la evolución de las especies no cumplen un programa fijo, a priori; es más bien el despliegue en abanico de la libertad creadora del ser pensante y del mundo viviente.

En la escala de la vida, mirada de la base a la cúspide, la libertad se encuentra ceñida, aunque la conciencia y la vida coexisten; la primera es coextensiva a la segunda.

La cadena se rompe al llegar al hombre: la conciencia universal hace un salto y encuentra campo adecuado; ahora la materia es su instrumento.

Inconscientemente, la conciencia llega a crear la conciencia por antonomasia que es la humana. Una materia que separa e individualiza es el medio del esfuerzo y la renovación del mundo donde la espiritualización muestra un perfeccionamiento ascendente, gradual y firme.

Alegría de crear, pena de la fijación exterior que nos ata a la materia, antagonismo impulsor hacia la originalidad incesante.

Vivir se define como el descubrimiento en profundidad de nuestras potencialidades; ahondar en la médula del real hacerse mediante la captación del dato inmediato que es saber ser, nos devuelve a la superficie, al ambiente geométrico que la ciencia distribuye en segmentos. Para nuestra comodidad, saltan en pedazos

las facetas de una totalidad que en sí es irrompible.

La realidad que deviene constantemente no se embalsa en el perímetro de la lógica limitada que, proyectándose sobre un solo aspecto hace apartados, abandona el resto por abstracción y lo oculta a nuestros ojos.

Dentro de la conciencia y en la multitud de las cosas del mundo, cada fracción se añade al conjunto compacto, formando un mosaico de un todo que jamás es un todo completo. Al totalizarse, la conciencia avanza transformándose en un mundo personal. A su vez la personalización del mundo condensa la generalidad de las partes ingredientes.

Los textos del **PENSA-
MIENTO Y LO MOVIBLE** evocan el esquema plotinista donde la filosofía legítima exige un desprendimiento de la vida terrestre y efímera para alzarse hasta los mundos "suspendidos a las estrellas".

Del mismo modo que la fuerza de la vida vadea unas veces y atraviesa otras la materia que le es obstáculo, la vence y desemboca en el hombre, su obra maestra; en ese mismo hombre campea la diametral oposición entre el logicismo discursivo relativo, asomado siempre al ser real que es un-otro y la intuición absoluta del ser-yo que ofrece el panorama del cambio intermitente de la existencia intransmisible, la persuasión de ser.

De hecho, el absoluto se da al mediar la metodología epistemológica intuitiva. Mientras el análisis reparte, compara, gira en torno al objeto e intenta desunir en afán calculador, la intuición penetra, agarra en bloque el sentido esencial de lo real, la sustancia de nuestra humanidad fluvente, el conocimiento que es recuerdo y apoyo de la acción.

La teoría del lenguaje es la secuela inevitable del preliminar planteamiento metafísico-cognoscitivo.

"Se llama corrientemente... "razón" la lógica conservadora que gobierna al pensamiento: conversación se asemeja a conservación" (Pensée et Mouvant).

O sea, tendidos hacia la acción, operando en un horizonte física, necesitamos inmovilizar la realidad mediante el pensamiento y la palabra.

Por ello, la conciencia espacializada tiene por función "clavar" las cosas en el espacio y alinearlas en el tiempo para permitir que las ciencias, los idiomas, la historia y la

cultura sean, surjan y subsistan.

Gracias al espacio y el lenguaje cumplimos la partición del mundo. El lenguaje hablado cristaliza lo real: las proposiciones y la actividad judicial no son más que artificios tras los cuales se esconde el desvanecimiento casi imperceptible del ser. Tal trabajo es útil y necesario; él nos impide extraviarnos en la movilidad heraclitiana sin diques.

La acción personal y las personas colectivas aparecen luego del trabajo intelectual-lingüístico paralizador.

"Pegar a un objeto la etiqueta de un concepto, es marcar en términos precisos el género de acción o de actitud que el objeto nos sugerirá" (Pensée et Mouvant).

Paradoja del hombre: para avanzar es preciso estabilizar.

Estamos frente a la génesis más rudimentaria y simple del conocimiento y la sociedad. Se deduce que el hombre es artesano de su vida, previsor de su futuro y protagonista del presente.

En un instante ignoto del proceso evolutivo cósmico, el torrente inmenso de vida (élan) que riega al mundo, similar a un infinito sistema circulatorio espiritual, creó la inteligencia, privativa de nuestra especie.

Si pasamos en revista el resto de las jerarquías vegetales o zoológicas, podemos percartarnos del enfrentamiento proverbial entre las especies. Ob-

servando esta lucha, Darwin y los pregoneros del evolucionismo biológico sentaron la tesis de la selección natural.

Por otra parte, el animal que recibe el instinto permanece fiel a su grupo y a su estructura orgánica. Sólo las exigencias del medio y las variantes en las funciones producen mutaciones en la disposición de los organismos vivos.

A los ojos de Bergson, la vida es indefinible en los seres que de ella gozan; su fuente primigenia es todavía misteriosa. Plantas y animales manifiestan ese ímpetu que, pareciendo pujante y lozano, está adormecido en la cárcel del instinto o en las funciones vitales regulares según los casos.

El hombre es el elemento diferencial; la naturaleza lo dejó inerte en cuanto a útiles, pero en compensación le proporcionó una inteligencia fabricadora con la cual allana el sendero de su desenvolvimiento.

En su magistral tesis "Vie et Conscience de la Vie", Mme. Delhomme recalca con Bergson que vivir consiste en pegar el cuerpo al espíritu para frenar la materialidad de muerte y amoldar el espíritu al cuerpo para actuar en libertad, dominando el pasado, preparando el porvenir y siendo amos del presente.

La vida sobrepaja al pensamiento; por la acción, el hombre es siempre un ser renovado. En él, la inteligencia se abre al progreso, la libertad

y lo variable. En la misma línea, la sociedad se opone a la individualidad cerrada y ésta se deja sojuzgar por el bienestar colectivo.

Desde esa perspectiva, la sociedad puede entenderse como círculos que rodean a la persona, moldean su vocabulario, gestos y posturas, le inculcan el sentido de las disciplinas, normas morales y de conducta, maneras de vivir e instituciones; en una palabra, una experiencia de milenios.

El yo profundo, el tiempo interior psicológico y la memoria que almacena el pasado experiencial son recubiertos por la trama de patrones recibidos. Resulta problemático sino imposible despojarnos de las capas concéntricas que nos circundan para mostrarnos en mismidad, en el ser nuclear escondido en aras del factum social.

La fijación amenaza con ahogar lo real, la libertad en movimiento; el automatismo externo es el contendor del yo puro que deviene. Por qué he-
lar la idea en la palabra, la creación en la acción superficial, el ser en la materia, es decir, la libertad en el hábito? (Ev. Créatrice).

Lejos de enclaustrarnos en un determinismo fatalista, eslabonado a la automatización deshumanizadora del hombre, Bergson concibe la inteligencia la fuente de la libertad.

En cada acto humano donde el yo integral aflora, el trabajo intelectual crea realidades, dilata nuestro poder crea-

dor, la universalidad del ser se lanza hacia un porvenir imprevisto.

Colocándonos en la ruta de la indeterminación, el entendimiento hace del espacio el paraje vasto donde se expresa y ensancha la verdadera libertad sin cortapisas materiales, dejando de ser, a la manera mecánico-cientificista, el nexo entre el ego y la rigidez de la física.

Simultáneamente, la vida se escinde en individualidad y sociabilidad.

Conciencia y memoria anudan el yo superficial actuante y el yo de las profundidades psíquicas. El primero es lineal e histórico y siempre calculable; el segundo, global, condensa en su progresión el pasado y el futuro que se actualiza en un inminente presente. Soy unidad y heterogeneidad como en "las palabras, versos y estrofas corre la inspiración simple que es el todo del poema" (Ev. Créatrice).

Cada acción ejecutada nos transforma e introduce en el universo algo novedoso no measurable; los actos humanos poseen dimensión de eternidad.

Libertad equivale a creación. El concepto tradicional del decidir alternativas se ve reemplazado por la ayuda y eficacia de la experiencia a cumulada, sustento para la actividad.

"Es la cáscara exterior la que estalla, cediendo a un impulso irresistible", escribe el

filósofo en Los Datos Inmediatos de la Conciencia.

Interminables controversias, impregnadas de moralismo y religiosidad, convirtieron la libertad en su interrogante esencial.

En la concepción bergsonista, la libertad no será más el pseudo problema cuyo carácter insoluble estribaba en confundir duración y extensión. Ningún planteamiento fue tan espinoso como la búsqueda de una aleación entre las leyes de la conciencia y las leyes del mundo natural.

Bergson recomienda más bien apartar el velo que disfraza nuestros estados anímicos: las palabras sociales y fijas han de ser tenidas por prácticas y útiles, pero el absoluto que somos se revela si nuestras posibilidades devienen realidades.

La yuxtaposición materialista artificial cede el sitio a la sucesión psíquica natural.

Expresión libre y espontánea del espíritu; esta es la verdad en la acepción plena del término. Lo impuesto y determinado de dentro o de fuera niega la médula intrínseca de la conciencia: ser libre. Duración es sinónimo de libertad.

Revestida convenientemente para la acción, la acción legítima se verifica en el ser. Ser y hacer se complementan.

El "yo vivo" se superpone al "yo hago"; en el mundo exterior los términos de la fórmula aparecen invertidos.

Tomado en macro-escala, el universo, lo hemos visto, es también libre desarrollo, fuerza vital en perpetuo quehacer, labor ingente que se realiza en contra y a través de condiciones espacio-materiales y lógico-intelectuales.

El mundo es el sitio donde las sociedades se integran gracias a la aglutinación de voluntades para absolver problemas comunes y alcanzar metas caras a la idiosincracia y psicologías de las culturas.

Temor y muerte han creado los dioses en las religiones de las sociedades cerradas. Burlar la muerte y evitar la aniquilación ha sido el propósito de las agrupaciones de hombres envueltos en el estatismo de la función fabuladora de la inteligencia que generó seres ficticios y un sentimiento de solidaridad con objetivos manifiestos; perpetuar el existir en la memoria social e impedir la disolución del grupo al fomentar entre los miembros una cohesión instintiva, con escasa diferenciación de las especies animales inferiores.

Amor y creación son los distintivos de las sociedades abiertas. El dinamismo de su religión avasalladora se encarna en las almas de los héroes y los sabios. El fuego del centro de los volcanes sólo es visible en la superficie, explica Bergson en atinada metáfora.

Arrastrados sin ofrecer resistencia por el impulso del élan vital, esos hombres excepcionales abren las aveni-

das del futuro e inyectan optimismo y progreso a su tiempo, previendo los siglos venideros. Raros en el tiempo y el espacio, los 'místicos' de Bergson resumen y simbolizan el ideal inconsciente de la naturaleza y los propósitos específicos o concretos de los conglomerados humanos.

Expresión móvil del yo, la libertad es superable en los "místicos" porque ellos son la adecuación perfecta a la voluntad libre divina.

Cerca de la espiritualidad pura, el héroe bergsoniano ha podido subyugar la materia, hacer valer la duración sobre el espacio, comulgando íntimamente, intuitivamente con los dos absolutos: el inmanente y el trascendente.

Universo y sociedad buscan sin desmayo un producto superior, depurado, un logro perfeccionado que no es perfecto nunca, mas superable.

En pocas filosofías se trasluce un optimismo metafísico, espiritual, social y religioso como en la de Bergson.

Crear es creer en las tendencias ciegas y conscientes de la materia y del hombre, respectivamente.

La realización del micro y macro cosmos corresponde a un concepto de libertad que es imprevisibilidad ilimitada.

Una vez más en la historia del pensamiento se asegura que el ser es amable, reanudando con la tradición de los tres trascendentales, Unum, Verum, Bonum.

Mezclarse con él, vibrar a su ritmo, vivirlo en personal vivencia.

He allí el secreto del conocimiento de la doble realidad ya bifurcada en cosmología y antropología.

Ahora los temas clásicos del filosofar occidental se entremezclan para decirnos con claro acento que en-el-mundo el hombre se edifica y se hace, que la materia es el trampolín para su ascensión espiritual, de su refinamiento cultural, de su misión civilizadora.

Finalmente, en-el-hombre, el mundo encuentra una dimensión vecina de la esfera sobrenatural y toma su sentido pleno: máquina fabricadora de dioses.

Nuestra humanización se identifica con una divinización.

Panorama histórico-cultural de Cuba

1. Cuba: Puente, Factoría y Colonia; 2. Primeras instituciones educativas; 3. Coyuntura histórica: La Dominación Inglesa; 4. El Gobierno Ilustrado de Carlos III y sus Proyecciones en Cuba; 5. El Gobierno de Don Luis de las Casas y Aragorri; 6. Movimientos Intercontinentales y Locales, y sus Influencias; 7. El Obispo Espada y Landa; 8. Etapa pre-cultural cubana. Conclusión. Bibliografía y Notas.

Don Medardo Vitier, notable ensayista cubano contemporáneo, quien ha dedicado sus esfuerzos a la investigación del desenvolvimiento y desarrollo de las ideas en Cuba y América, aconseja a la juventud hispanoamericana buscar temas en nuestra historia y tradición que sirvan de base a sus estudios e investigaciones.

Los presentes trabajos vienen a ser, pues, una respuesta a ese llamado que debe constituir para nosotros, los jóvenes de este Continente, una exigencia y una tarea permanentes.

Este ensayo sobre Cuba pretende ser una síntesis del proceso histórico-cultural cubano, partiendo de la fecha de su colonización (1510) hasta la primera mitad del siglo XIX, en el cual, tras una evolución larga y lenta, se define con perfiles vigorosos y propios lo que don Roberto Agramonte Pichardo, ha denominado la "conciencia crítica" cubana, que viene a ser el antecedente de la "emancipación mental" caracterizada por don Leopoldo Zea en sus **Dos Etapas del Pensamiento en Hispanoamérica**.

El lector verá formarse esta "conciencia crítica" a través de instituciones educativas como el **Colegio San Carlos y San Ambrosio**, y bajo la rectoría y amparo de hombres ilustres, de una sólida cultura filosófica como lo son Don José Agustín Caballero y Rodríguez y Don Félix Varela y Morales, ambos, espíritus abiertos a las novedosas corrientes foráneas.

Entremos, pues, a cumplir con lo prometido.

1. **Cuba: Puente, Factoría y Colonia.**

Alejandro von Humboldt, a quien José de la Luz distinguiera como el **SEGUNDO DESCUBRIDOR DE CUBA**, al referirse a la Isla, expresa: "La importancia política de la Isla de Cuba no consiste únicamente en la extensión de su superficie, aunque es una mitad mayor que la de Haití, ni en la admirable fertilidad de su suelo, ni en sus establecimientos de marina militar y la naturaleza de una población compuesta de tres quintas partes de hombres libres, sino que aun es más considerable por las ventajas que ofrece su posición geográfica". (1)

En efecto: Cuba, situada entre América del Sur y del Norte, a corta distancia de las áreas antillanas (Jamaica, Santo Domingo, Puerto Rico), ofrecía no pocos puntos de contacto con otros sitios distantes, razón por la cual José Félix Martín de Arrate la denominara "Llave del Nuevo Mundo" (2). Fue la Isla llave que abrió nuevos horizontes. Descubierta por el Almi-

rante Cristóbal Colón en 1492, y colonizada luego por Diego Velásquez (1510), quien fuera también su Gobernador, se constituyó en lugar estratégico, en puente, en paraje de tránsito. Por iniciativa de Diego Velásquez se realizaron diversas expediciones hacia tierras ricas del Continente, partiendo de este punto. De allí salió en 1517 Francisco F. de Córdova a descubrir Yucatán; en 1518, Juan de Grijalva hacia la Florida, "una rica y bien poblada tierra, en la que no se atrevió a desembarcar" (3); para esa misma fecha, Hernán Cortés, siguiendo instrucciones del Adelantado Velásquez, se dirigió hacia la conquista de México, expedición esta que le causaría no pocos disgustos al Gobernador; en 1538 cruzó el puente Hernando de Soto para ir a encontrarse con la Parca en una tierra fresca y radiante: la descubierta por el anciano conquistador de Puerto Rico, Juan Ponce de León "cuando en pos de la fuente de la Juventud encontró su tumba en la Florida; en fin, en 1574, autorizado por Carlos V, partió el Adelantado Pedro Menéndez de Avilés con rumbo a la Florida.

Esta condición transitista se explica también por las pocas posibilidades auríferas de la Isla. Nada obligaba al conquistador a asentar sus reales en ella.

"Cuba —escribe Arango— olvidada y despreciada como las demás colonias en que no se satisfacía de repente AURI SACRA FAMES, sólo servía para gastar el situado que iba

de la ciudad de Méjico. De sus primordiales poblaciones, la única que se conservaba con un cierto aire de importancia era la de La Habana que por su feliz situación fue desde muy temprano el principal punto de defensa de la Isla, y logró que los galeones y flotas entrasen en el anchuroso puerto cuando regresaban de España y dejaran una parte de sus inmensas riquezas" (4).

Pero hay más: las condiciones climáticas de la Isla no eran de las más halagadoras; de allí que se hiciera imposible el cultivo de trigo, de vid, del olivo, del ganado lanar, y la producción de otros artículos de primera necesidad. Ya Diego Velásquez había tratado de promover el cultivo de los dos primeros, que eran la base del sustento de la población española; igualmente, la cría del ganado lanar, pero infructuosamente. Agréguese a esto la falta de capitales y mercados que permitieran el cambio o la venta de los escasísimos productos agrícolas cosechados. Las condiciones de salubridad eran indeseables. Las enfermedades tropicales diezaban a la población al punto que para fines del siglo XVI sólo contará Cuba con 50,000 habitantes (6) diseminados por diferentes puntos, pero mayormente en La Habana, lo cual se explica por ser el epicentro del movimiento comercial existente. Además porque era la más fortificada siendo posible garantizar mayor seguridad que en otros lugares de los ataques piratas.

"De allí —escribe Humboldt— salen las flotas cons-

truídas en gran parte del cedro y de caoba de la isla (que) pueden combatir en la entrada del mediterráneo mejicano, y amenazar las costas opuestas, lo mismo que las que salen de Cádiz pueden dominar el océano cerca de las columnas de Hércules" (7).

Todo el siglo XVI hasta 1790, la isla experimenta un proceso de integración, de vida lánguida, imitada en su totalidad de los moldes metropolitanos. La rápida desaparición del aborigen hizo imposible el desenvolvimiento de una cultura autóctona. La condición de plataforma, impedía construcciones estables.

Durante todo ese tiempo, la "Perla de las Antillas" funciona como una enorme factoría. Se laboran las mismas plantas que servían antaño de alimentación al indígena. A diferencia de otras regiones (vgr. Santo Domingo), Cuba no participa de los efectos de una industria incipiente. No pone en el comercio sus "producciones coloniales", dedicándose a la exportación de pellejos y cueros, hasta el siglo XVIII. Se criaba el ganado vacuno que se esparcía por vastas sabanas. Había cultivo de tabaco y cría de abejas, importadas de Florida. Con esto, la cera y el tabaco se impusieron a los cueros; pero al mismo tiempo, la caña de azúcar y el café, se hicieron más importantes, desplazándolos del mercado, pese a los intentos de hacer predominar el café sobre los ingenios (7).

El estatismo comercial de la Isla debíase, más que nada, a

la política permanente de la Metrópoli de impedir relaciones con otras regiones. Como una consecuencia de ello, se mantuvo la Isla en un estado de pobreza deprimente.

(Estábamos) “condenados a vivir sin saber de la Metrópoli —escribe Arango—, sin ropa para vestirse, sin vino para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, y sin embarcación alguna que en cambio de estos objetos les extrajese el sobrante de sus frutos” (8).

Las prohibiciones de la política mercantilista dieron pábulo, como en otras colonias, al contrabando y a la piratería en grande y pequeña escala; popularizándose como algo especial en la isla el “rescate” como medio de obtener ganancias. Como expresión literaria de este fenómeno pue, de citarse la oda “Espejo de Paciencia”, tenida como el primer logro literario de Cuba, y en donde se describe a la sociedad empeñada en sus afanes contrabandistas, y de los “rescatadores” en constante lucha con los piratas. El poema imita la épica italianizante de Ercilla, y sobre todo, “Las lágrimas de Angélica” de Barahona de Soto (9). Allí cuenta su autor, Silvestre de Balboa, el secuestro y rescate del Obispo Juan de las Cabezas y Altamirano; y de las heroicidades del negro Salvador Golomón. El verso que sigue pertenece al citado poema:

“Oh, Salvador criollo, negro honrado! Vuele tu fama y nunca se consuma. Que en la alabanza de tan buen soldado.

Es bien que no se cansen lengua y pluma. Y no porque te doy este dictado, ningún mordaz entienda ni presuma. Que es afición que tengo en lo que escribo. A un negro esclavo y sin razón cautivo” (10).

La piratería y el contrabando fueron elementos importantes en el desenvolvimiento literario y económico. Ya Luis Alberto Sánchez ha señalado el “aporte cultural del pirata” en la cultura americana (11). Con el contrabando se crearon capitales criollos que harán posible la formación de un estamento social que en siglos posteriores (XVIII y XIX) adquirirá la categoría de NOBLEZA CRIOLLA, grupo decisivamente actuante durante la lucha independista. Estos capitales sirven de aliciente para despertar la urgencia de la enseñanza y de la ilustración.

2. Primeras Instituciones Educativas.

Los primeros centros de instrucción que se abren son patrocinados por la frailesía, y pertenecen a la iniciativa privada. Se erigen seminarios y escuelas particulares. Juan de Obite o de Witte, funda la Scholatría (para la enseñanza del latín) en la Catedral de Santiago (1523); en 1568, se establece el colegio de jesuitas en La Habana, con destino a las misiones floridianas; trasladado posteriormente a la Península; en 1571, Francisco Parradas erige una para el estudio de latinidad; Juan F. Carballo funda el primer centro de instrucción primaria en La Habana: el Colegio de Be-

lén; en 1607, el Obispo Juan de Cabezas y Altamirano funda el Seminario Tridentino; En 1689, el Obispo Diego E. de Compostela, crea el Colegio de San Ambrosio (luego fundido con el San Carlos) y el Colegio de Niñas de San Francisco de Sales; en 1704, se erigirá el Colegio de los padres belemitas, en 1728, la Real y Pontificia Universidad de La Habana, de poca influencia dada su orientación escolástica, y que se caracterizaría por la concesión de pomposos títulos (12). La imprenta se introducirá en 1723, esto antes de la Universidad.

No obstante las instituciones culturales mencionadas, la Isla no experimentará en lo cultural cambios que puedan tenerse como importantes para la formación de la conciencia cubana. Esos 252 años que van desde el gobierno de Velásquez (1510) hasta la asonada inglesa (1762), constituyen para la Isla momentos de existencia precaria dado el monopolio y la esclavitud reinante.

3. Coyuntura Histórica:

La Dominación Inglesa.

Sin embargo, el panorama va a sufrir una transformación radical con la dominación inglesa ocurrida en 1762. Fue en realidad efímera la presencia sajona en el territorio cubano, pero saludable, no sólo desde el punto de vista comercial, sino también cultural.

La acción belicista inglesa obedeció a la rivalidad comercial con España. Inglaterra, en vías de industrialización, no veía con buenos ojos la política de monopolio de la Metrópoli con respecto a sus colonias americanas. La respuesta al descontento fue la invasión y dominio de la isla antillana. Ciertamente es que los cubanos aunaron esfuerzos con los españoles para evitarla por razones patrióticas, pero no lo es menos, que la estadía de éstos les sirvió para agudizar la contradicción interna en que se debatía su existencia.

Puede decirse que vieron con simpatías a los ingleses. Bajo su autoridad conocieron y comprendieron la importancia derivada de un gobierno tolerante que propugna por la laxitud en las actividades comerciales. No sólo se implantó la libertad de comercio, sino que también se permitió la entrada de libros tenidos como herejías (13), a través de los cuales pudieron asimilarse las ideas "progresistas" de la época. Ellas sirvieron bien a la formación de la auto-conciencia del criollo-comerciante.

Pero no es eso lo más importante. La acción inglesa puso en estado de alerta al gobierno español, no ya en lo estrictamente militar, sino también en la importancia estratégico-comercial de la isla que despertaba la codicia a tal punto que promoviera una invasión extraña. Digo que fue importante este acontecimiento por los cambios promovidos en la mentalidad española, si bien ella no fue permanente.

4. El Gobierno Ilustrado de Carlos III y sus Proyecciones en Cuba.

Superado el conflicto anglo-español, el Estado Metropolitano se dedicó a realizar una serie de reformas, que coinciden con el reinado de Carlos III.

Durante su gobierno, y bajo la asesoría de Ministros liberales como el Conde de Aranda, Cuba alcanza algunos grados de prosperidad. El Conde de Recla, representante del gobierno ilustrado dedicó sus esfuerzos al fortalecimiento militar de la isla; modificó el sistema económico, cediendo franquicias arancelarias al comercio realizado con los diversos puntos de la Península. Eliminó la Compañía exclusiva creada por Felipe V, que estancaba la industria e imponía "dura ley en la compra y venta de cosas comerciales" (14); al crearse el comercio libre con España se instituyó un correo mensual para facilitar la comunicación; se permitió nuevos contratos con casas para que suplieran con negros la mano de obra faltante; se intensificó el cultivo del agro con la ayuda de instrumentos; además, los productos comerciales de las islas eran únicos, pues no había otra región que los vendiera, lo cual fue favorable a esta. Gracias a ello, para 1779, La Habana sería toda una "plaza de comercio", proveedora de la Nueva España, de productos de cera, azúcar, cueros al pelo, café, tabaco, etc. (15)

Recla creó la Administración de Correos Marítimos, la

Administración General de Rentas, y el primer periódico: la Gaceta de La Habana (16). En 1778, se habilitaron puertos (17) españoles para el comercio con los más importantes de la Isla, eliminándose el monopolio que realizaban Sevilla y Cádiz.

La política reformista de Carlos III alcanzó extremos insospechados. Llegó hasta la expulsión de los Jesuítas (1767) de Hispanoamérica, y a la aceptación de una tolerancia religiosa anglosajona; al consentimiento de logias masónicas y a preocupaciones científicas. Todo ello bajo la influencia del genial Aranda al que una crítica tan autorizada y conservadora como la de don Marcelino Menéndez y Pelayo, le reconoce especiales dotes y virtudes.

"Militar aragonés —escrib—, de férreo carácter, avizado al despotismo de los cuarteles, ordenacista inflexible, Pombal en pequeño, aunque moralmente valía más que él y tenía cierta honradez brusca a estilo de su tierra; impío y enciclopedista, amigo de Voltaire, de D'Alembert y del Abate Raynal; reformador despotico, a la vez foribundo partidario de la autoridad real, si bien en sus últimos años miró con simpatía la revolución francesa no más que por su parte irreligiosa. Tal era el Conde de Aranda" (18).

Si bien Carlos III, según criterio del mismo personaje fue "de los reyes que menos han gobernado por voluntad propia" (19), su gobierno dejó, al menos en América, hue-

lla imperecedera. Durante su reinado se desterró el obscurantismo y se dio cauce a las nuevas manifestaciones de la época.

5. El Gobierno de Don Luis de las Casas y Aragorri.

A Recla le sucede el Capitán General y Gobernador General don Luis de las Casas, quien inspirado por el espíritu ilustrado de Carlos III introdujo reformas sustanciales que afectaron hondamente el proceso intelectual, social, económico y político-administrativo de la Isla.

Casas llegó a La Habana el 8 de julio de 1790. Su presencia se hizo sentir prontamente. Bajo su dominio Cuba tuvo un progreso nunca visto hasta ese instante.

Persiguió la vagancia y reformó la administración de justicia, haciéndola más rápida; realizó un Censo demográfico comprobándose la existencia de 272,318 habitantes; abrió el camino de Guines y el de Calzada del Monte; construyó puentes, empedró calles; proyectó escuelas gratuitas de primeras letras; de física, de química, matemáticas y botánica; abrió al comercio con España, los puertos de Matanzas y Remedios (20). Como intérprete del gobierno renovador, fundó el "Papel Periódico", cuya publicación se inicia en 1790, a pocos meses de su llegada; creó la "Sociedad Patriótica o de Sociedad Económica de Amigos del País" (1792), que sería fundamental en el proceso intelectual de la isla; el Real Consulado

de Agricultura y Comercio (1794).

Estas tres últimas instituciones resultaron eficaces al desarrollo material, espiritual y político de Cuba. La "Sociedad Económica", no era algo nuevo; en toda la América se habían erigido con vistas a lograr el avance cultural de cada colonia. En Cuba esta institución dejará una huella profunda en la mente del cubano.

La libertad de prensa prociada por Casas permitió que altas figuras de la intelectualidad isleña emitieran sus opiniones sobre la problemática de la isla. Allí escribieron José A. Caballero, Antonio Robreño, Nicolás Calvo, el Dr. Tomás Romay (21) y el poeta Zequeira. Los productos de la emisión del periódico fueron dedicados a la Biblioteca que, al cabo de un año, contendría 1,500 volúmenes, la mayor parte donados por Casas.

Pero Casas no actuaba solo. Se unían a sus esfuerzos y aspiraciones dos figuras inolvidables de Cuba: Francisco de Arango y Parreño y Valiente. El primero, un abogado del Ayuntamiento de La Habana, combatió en la Corte el sistema colonial y defendió la libertad de comercio. Ya como Consejero de Indias, o laborando en la Sociedad Económica, o en la intendencia de Hacienda, o en la Junta de Fomento, Arango demostró extraordinarias capacidades y un gran sentido patriótico. Por su gestión fueron eximidos por diez años de todo pago de derechos, el café, el añil y el algodón producidos en la

isla. Por su iniciativa entraron maquinarias e instrumentos de labranza y aparatos extranjeros de fabricación de azúcar. En 1793, en compañía del Conde de Montalvo, se dirigió a Inglaterra a enterarse de los nuevos adelantos agrícolas, y en lo referente a la fabricación de azúcar, introduciendo la caña OTAHITI de mayor rendimiento; y la aplicación de máquinas de moler a vapor (22). El segundo, hizo aumentar las rentas públicas sin aumentar los impuestos.

Raúl Maestri, en su "Prólogo" a la obra de Arango, expresa que éste "fue el último gran ciudadano español que dio Cuba".

No puede dejar de mencionarse al lado de estas esclarecidas figuras, la no menos ilustre del cubano Tomás Romay, representante de la más clara conciencia científica y de desvelos patrióticos.

6. Movimientos Intercontinentales y Locales y sus Influencias.

Los movimientos histórico-políticos foráneos y locales pesan en el desenvolvimiento ideológico-político y económico de la isla. La Revolución Norteamericana (1776), producida a poca distancia de Cuba, no produjo mayores trascendencias entre los cubanos. Hasta podría decirse, con sus salvedades, que casi pasó inadvertido entre éstos. Puede aducirse para la comprensión de este hecho, el que todavía no existía en el cubano la madurez y conciencia cívica y política necesarias para soportar la importancia de tan sig-

nificativo suceso; y también el que no existiera aún contradicción profunda y sensible demasiado evidente entre los miembros de la polifacética sociedad colonial. Los derechos políticos eran algo PRESENTIDO por el criollo-comerciante. Debe añadirse que el cubano creía en la posibilidad de que se les cediera cómodamente lo que pedían porque les pertenecía. Esta actitud persistirá hasta muy entrado el siglo XIX en hombres inteligentes como Antonio Saco y José de la Luz, quienes estimarán el proceso de reivindicación cubana más como una EVOLUCION que como una REVOLUCION, entendiéndose más bien como **autonomistas** que como **separatistas** (23) o **anexionistas**. De allí que intenten lograr una emancipación mental en el cubano que lo prepare para el libre ejercicio de aquéllos derechos. Este espíritu puede considerarse como una herencia de su Maestro Varela, quien planteará en las Cortes de Cádiz el manejo bipartito de los intereses coloniales como medio de evitar la revolución violenta.

La Revolución norteamericana, empero, dejó sentado el precedente vital de una colonia que recurría a las armas por conquistar sus derechos político-económicos.

La Revolución Francesa (1789) es también suceso importante. Su influencia llega a los espíritus de habaneros ilustres como Tomás Romay, Bernardo O'Gavan, José A. Caballero, etc.

Finalmente, la Revolución Haitiana (1791), es un movimiento que produjo cambios indirectamente en la estructura económica y cultural de la isla. Dirigida por Toussaint Louverture, y luego por Dessalines, en pro de la libertad de los negros, trajo la emigración de franceses hacia Cuba; y con ella, la introducción de métodos agrícolas más adelantados.

Posteriormente, en 1803, se producirá otra emigración (30,000 franceses), que huyen del resultado posible del fracaso de la pretensión napoleónica de someter a los negros en Santo Domingo. Los franceses se radicarán en la Sierra Maestra, Guantánamo y Baracoa, donde multiplicarán sus haciendas. La égira continuará a todo lo largo del siglo XIX, de Haití, Santo Domingo y Louisiana, elevándose la cantidad a 200,000 hombre dedicados al cultivo del café (24).

Este contacto con los franceses influye en las ideas de los cubanos, al ponerlos en relación con las ideas imperantes en Europa.

7. El Obispo Espada y Landa.

El gobierno de Casas termina con su muerte el 9 de julio de 1780. Lo reemplaza el Obispo Juan J. Díaz de la Espada y Landa, quien hace suyos los esfuerzos del Capitán General, y las reformas son aún más radicales. En enero de 1801, es designado Obispo de La Habana, a la que llega el 25 de febrero de 1802, tomando posesión el 14 de marzo de ese mismo año (25).

Aspiró a darle un sentido práctico y revolucionario a la Iglesia. Movilizó las ciencias, propagó la instrucción; saneó las ciudades y amparó la ilustración. Anuló la costumbre de enterrar los muertos en las iglesias, ordenando la construcción de un cementerio para tal efecto. Mejoró la Catedral; laboró por la beneficencia, el Asilo de Enajenados y los hospitales. Pero su labor más efectiva y permanente la hizo en la educación. Su espíritu liberal dejó su huella en la reforma del Asilo de San Francisco de Sales y el Seminario San Carlos, descontada su inapreciable labor como Presidente de la "Sociedad Económica".

Realizó campañas para promover las luces ilustradas de la época; tratando de introducir las ciencias experimentales en todos los campos posibles.

Combatió el fanatismo en una Pastoral, en momentos en que la viruela azotaba la isla, y la población se negaba a vacunarse. "La vacuna —expresaba— es una fuerza mágica y universal".

Su gobierno concluyó en 1832. Su muerte (17 de agosto) puso fin a una de las labores más fructíferas en Cuba. Contaba con 66 años, 3 meses y 24 días. Su fallecimiento fue profundamente sentido por todos. En el Diario "Lucero de La Habana", del sábado 18 de agosto de ese año, se describen los pormenores del entierro en estos términos:

"Ayer fueron consignados a la mansión de eterno descanso los restos de nuestro dig-

nísimo Obispo el Excelentísimo e Ilustrísimo Sr. Don Juan José Díaz de Espada y Landa con toda la pompa y muestras de general sentimiento de que era digno un hombre que era modelo de virtud y beneficencia. A las nueve principió a salir el cortejo fúnebre de la Catedral donde se hallaba depositado el cadáver desde el día anterior, compuesto de todas las hermandades y cofradías, todas las comunidades religiosas, el cabildo eclesiástico, el clero de todas las parroquias, el claustro de doctores y alumnos de la Universidad, el excelentísimo Ayuntamiento, los Jefes de Estado Mayor de la Plaza, una multitud de jefes y oficiales de la guarnición y Real Marina, empleados y otras personas de

distinción. Este lucido acompañamiento se dirigió por la calle de Mercaderes á la del Obispo, y pasando por la Casa Capitular y la del Gobierno, siguió hasta el Boquete, volviendo a la Catedral, donde celebrados los oficios de difuntos, á que asistieron los Excelentísimos Señores Capitán General, Intendente y Comandante General de este apostadero, y demás autoridades civiles y militares, fue conducido en un magnífico carro fúnebre, todo enlutado y con guarniciones moradas, a la Real Casa de Beneficencia, cuyas niñas le cantaron un solemne responso, y de allí siguió al Cementerio General donde quedan depositados tan venerables reliquias. El gentío fue inmenso tanto en el templo como en todas las calles y balcones por donde pasó el

entierro; viéndose pintados en todos los semblantes la melancolía que ha dejado en los corazones tan sensible pérdida" (26).

8. Etapa Pre-cultural cubana.

El sesudo historiador y crítico literario Aurelio Mitjans (1863-1889), al referirse al proceso cultural cubano que va de la Factoría a la Colonia, expresa:

"La historia del movimiento intelectual en Cuba, comprende dos épocas diferentes separadas por el inolvidable gobierno de Don Luis de Casas, que se inauguró en 1790. Antes de este no hay desenvolvimiento constante y regular de nuestra cultura: sólo encuentra el investigador, diseminados en trescientos años y esparcidos en pueblos distintos y sin conexión ni enlace, datos más o menos curiosos, pero aislados siempre, que sólo merecen ser citados por su antigüedad y como antecedentes históricos" (27).

Ya hemos apuntado este fenómeno. El período que vive —digamos mejor en que vegeta— la isla de Cuba, caracterizado por el indiferentismo, el alejamiento condicionado por situación insular, la inestabilidad demográfica, la circunstancia transitista, la naturaleza desfavorable de su clima, las enfermedades, la precaridad económica; amén de otras muchas nocivas actitudes humanas, hacen imposible la estructuración y sedimentación de elementos culturales que permitan una distinción precisa y clara de ha-

cer cubano. Los elementos de cultura son limitados.

En el aspecto educativo ya hemos reseñado lo existente; en lo literario, además del ya citado poema "Espejo de Paciencia", se pueden destacar los versos del villareño José Surí y Aguila (1696-1762), rimador notable de la Factoría y trovador de las glorias de la Inmaculada Concepción, y el "Príncipe Jardinero y Fingido Gloridiano", del Capitán habanero don Santiago Pita (28). Además, debe subrayarse la importación de la imprenta en La Habana por Carlos Habre (1723); la fundación de la Universidad de La Habana (1728) y el Colegio Seminario San Carlos y San Ambrosio (1773).

La beligerancia de este último en las cuestiones culturales y en las reformas ideológicas será decisiva en la formación de la mentalidad crítica del cubano liberal y comerciante.

Estas son, particularmente, las manifestaciones culturales que pueden distinguirse en el proceso que acabamos de destacar. No son, en verdad, fundamentales; pero ello no obsta para afirmar que sirvieron bien a los propósitos para los que fueron creados, y respondieron a las condiciones en que se produjeron. La auténtica renovación espiritual se va a producir en las postrimerías del siglo XVIII, y a todo lo largo del XIX, impulsada por los egregios maestros habaneros José A. Caballero, Félix Varela y José de la Luz y Caballero, a través de institu-

ciones como el Colegio de San Carlos y San Ambrosio, El San Cristóbal de Carraguao, la Universidad Pontificia de La Habana y El Salvador.

CONCLUSION

La Isla de Cuba, por su posición geográfica estratégica, se constituyó, ya desde su colonización, en un lugar de tránsito desde la cual salieron numerosísimas expediciones hacia puntos distantes del Continente americano.

Este hecho, aunado a las escasas posibilidades auríferas que ofrecía la Isla; el clima poco favorable, y las enfermedades tropicales, contribuyeron a imposibilitar una estabilidad demográfica en el lugar.

La situación precaria existente, lo mismo que el movimiento constante de la población, hicieron imposible manifestaciones culturales auténticamente cubanas, dándose sólo algunas producciones literarias dispersas y de poco brillo.

En el orden educacional, la labor fue realizada esencialmente por elementos religiosos, los cuales fundaron escuelas y seminarios; pero sin que éstos contribuyeran a lograr transformaciones realmente importantes en el espíritu del cubano.

El período revela a Cuba como una enorme Factoría con absoluta dependencia de la Metrópoli cuya política económica sustentada por la ya periclitada filosofía mercantilista, hacía infructuosos los

intentos de avance económico, cuyo correlato fue el contrabando y la piratería, que cumplieron además una función cultural. No obstante, la dominación inglesa (1762), aunque efímera, transformó la situación existente tanto en el orden económico como en el cultural. Se realizaron —recobrado el dominio de la Isla— reformas militares, económi-

cas. administrativas y culturales, bajo la jefatura del Rey Carlos III. y de hombres ilustrados como Recla, Casas, Arango y Valiente, etc.

Gracias a ellos, la cultura mejoró su situación, adquiriendo la economía elevado progreso, con lo cual la Isla adquirió perfiles de Colonia.

BIBLIOGRAFIA Y NOTAS

- (1) Humboldt, Alejandro de: **Ensayo Político sobre la Isla de Cuba**. Introducción por Fernando Ortiz y correcciones, notas y apéndices por Francisco Arango y Parrero, J. S. Thrasher y otros. Tomo I, Vol. XVI. Cultural, S.A. Habana, 1930. Pág. 3.
- (2) Arrate, José F.: **Llave del Nuevo Mundo Antemural de las Indias Occidentales**. La Habana descripta: Noticias de fundación, aumentos y estados. 4a. edición sobre la copia manuscrita existente. Comisión Nacional Cubana de la UNESCO. La Habana, 1964.
- (3) Ballesteros G., Manuel: **Historia de América**. "Prólogo de D. Gregorio Marañón. Gráficas González. Pegaso. Madrid, 1946. Pág. 189.
- (4) Arango y Carreño, Francisco de: **De La Factoría a la Colonia**. Talleres de Cultural, S.A. La Habana, 1936. Pág. 24-25.
- (5) Piñera Llera, H.: **Panorama de la Filosofía Cubana**. Unión Panamericana. Washington, 1960. Pág. 5.
- (6) Humboldt, Op. cit. Pág. 4
- (7) Idem, pág. 173.
- (8) Arango, Op. cit. pág. 25.
- (9) Portuondo, José A.: **Bosquejo Histórico de las Letras Cubanas**. Rep. de Cuba, Ministerio de Educación. Dirección de Cultura. La Habana, 1960. Pág. 11.
- (10) Loc. cit.
- (11) Sánchez, Luis A.: **El Pueblo en la Revolución Americana**. Edit. Americalle. B. Aires, 1942. Pág. 118.
- (12) Lizaso, F.: **Panorama de la Cultura Cubana**. Colección "Tierra Firme". F. C. E. México, 1949. Pág. 3 y ss.
- (13) Nos parece conveniente anotar que no pocas veces estos libros venían en galeones españoles.

- (14) Arango, *Op. cit.*, Pág. 26.
- (15) *Idem*, pág. 27.
- (16) *Loc. cit.*
- (17) *Idem*.
- (18) Menéndez y Pelayo M.: **Historia de los Heterodoxos Españoles**. Edición preparada y dirigida por Enrique Sánchez Reyes. Tomo V. Santander, Aldus, S.A. de Artes Gráficas. Madrid, 1948. Pág. 167.
- (19) *Idem*, pág. 156.
- (20) Lizaso, *Op. cit.* pág. 141.
- (21) Médico habanero (1769-1849). Egresado del Colegio Seminario de San Carlos y luego doctorado en Filosofía y Medicina en la Universidad de La Habana, en donde ocupó durante seis (6) años la cátedra de Texto Aristotélico y Medicina. Se le debe la creación de dicho periódico. Introdujo en Cuba la vacuna antivariólica.
- (22) Leisca, Juan M.: **Historia de Cuba**. Montalvo, Cárdenas S. Co. Habana, 1925. Pág. 143.
- (23) Soler, R.: **Estudios sobre historia de las ideas en América**. Imprenta Nacional de Panamá, 1961. Pág. 64.
- (24) Introducido por José Gelabert en 1784.
- (25) Valverde, Antonio L. **Documentos relativos al Obispo Espada**. Imprenta "La Universal". Habana, 1926. Pág. 16.
- (26) *Idem*, pág. 19-20.
- (27) Mitjans, Aurelio: **Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba**. Habana, 1963. Pág. 59.
- (28) Portuondo, *Op. cit.*, pág. 13

Darío Herrera

El 18 del mes que cursa se cumplieron cien años del nacimiento de Darío Herrera, la figura más conspicua del Modernismo en Panamá y uno de nuestros más cabales hombres de letras. No obstante ello, escritor inexistente para la mayoría de los panameños.

Iniciado en la vida literaria con la última década del siglo, Herrera abandonó el país en febrero de 1898, para no volver sino por cortos períodos, en tránsito hacia otras tierras. (1) Si a ello se agrega que publicó sólo un libro, **Horas Lejanas**, colección de cuentos que vio la luz en Buenos Aires en los primeros meses de 1903, se comprenderá el desconocimiento de su obra, dispersa en periódicos y revistas del continente. Con posterior-

idad a **Horas Lejanas**, y hasta el momento de su muerte, ocurrida en Valparaíso el 10 de junio de 1914, se publicaron aquí, de tarde en tarde, versos y prosas suyos, y algún comentario acerca de su labor. Su deceso motivó un cordial ensayo de Gaspar Octavio Hernández. Poco después, Octavio Méndez Pereira incluyó cinco poemas y una versión suyos en el **Parnaso Panameño**, publicado en 1916, y en su "Biblioteca de Cultura Nacional" don Guillermo Andreve reprodujo, en 1918, seis de los cuentos de **Horas Lejanas**. La mayor parte de los poemas incluidos en el **Parnaso** pasaron luego a la **Antología de Panamá**, de Korsi, aparecida en 1926, y el cuadernillo de Andreve sirvió para la reproducción ocasional de su con-

tenido. Puede afirmarse, pues, con toda objetividad que, hasta 1939, a los veinticinco años de su muerte, su obra asequible se reducía a una treintena de poemas, incluidas tres traducciones, unas doce crónicas, alrededor de ocho cuentos y dos versiones en prosa. Su nombradía se apoyaba, así, más que en el conocimiento positivo de sus escritos, en la opinión que vino de fuera.

Pero en el año de 1939, el vigésimo quinto aniversario de su muerte brindó la coyuntura para volver sobre sus pasos, en un intento por penetrar la obra apenas entrevista. La Universidad de Panamá decidió rendir homenaje a Herrera, y personalmente tuve el honor de realizar parte de la tarea, asistido de la buena voluntad de muchas gentes. Se lograron entonces algunas precisiones; se rescataron escritos olvidados en nuestra prensa finisecular; nos llegaron del exterior textos y noticias desconocidos, y con ellos la certeza de que era necesario proseguir en la búsqueda. De todo resultó una mejor fundamentada visión de la vida y la obra de Herrera, según se infiere de mis "Apuntes sobre Darío Herrera", leído en la Universidad de Panamá la noche del 10 de junio de 1939, publicados luego, como folleto de "El Panamá América", el 4 de agosto siguiente, y reproducidos, con enmiendas, en **Teoría de la Patria**, libro de 1947. Para entonces se había localizado la fecha exacta de su nacimiento, cuya partida envió desde Lima el entonces

estudiante Carlos Manuel Gastazoro. (2)

**

En los años iniciales de la República los amigos y admiradores de Herrera coincidieron en aplaudir al poeta, a pesar de su parca producción, y no obstante el unánime coro de alabanzas al autor de **Horas Lejanas**. Vivíamos, en el ámbito continental, bajo el imperio de la poesía. Triunfaban Darío y Lugones, Silva y Valencia, Díaz Mirón y Chocano. La opinión posterior, sin embargo, ha confirmado la primacía del prosista, más abundante y vario. Porque si Darío Herrera escribió excelentes cuentos, fue asimismo ocasional crítico literario, amable cronista y, siempre, artista acuciado por severas exigencias formales.

Herrera madura temprano. Superadas las vacilaciones propias del principiante, acepta su destino de escritor y se apresta a realizarlo. Yo diría que es texto clave en ese sentido su comentario al libro **Sensaciones de Arte**, de Enrique Gómez Carrillo, publicado en "El Cronista" el día 30 de enero de 1894. Desde ese instante, Herrera se incorpora a la pequeña legión de los renovadores de la prosa en Hispanoamérica. Así, al decidirse a marchar su personalidad literaria está definida. La experiencia posterior del mundo le servirá sólo para consolidar y afinar esa personalidad.

EL CRITICO LITERARIO

En carta enviada al Direc-

tor de "El Callao", de 27 de marzo de 1910, Herrera le dice: "Hace doce años, más o menos, publicó el poeta colombiano Ismael Enrique Arciniegas, en Caracas, Secretario allí de la Legación de su patria, un volumen de versos intitulado **Poesía**... Recibí yo el volumen con dedicatoria afectuosa del autor, y en periódico de Panamá, mi tierra natal, hoy mi exclusiva patria, escribí un juicio crítico, aplaudiendo aquel hermoso libro, igual que lo hice con varias obras de otros autores hispanoamericanos, entre ellos José Santos Chocano y Clemente Palma". (3)

Esas notas, de las cuales conozco sólo la última, corresponden al período de la iniciación de Herrera, y alguna de ellas se cuenta entre sus textos más significantes. Bien puede comenzarse, pues, la consideración de su prosa, con el capítulo correspondiente a la crítica.

El primero de esos textos, motivado por la muerte de Julián del Casal, se publicó en "El Cronista" de 21 de noviembre de 1893. No se trata, en rigor, de un juicio crítico: es la inmediata reacción emotiva ante una triste nueva. Herrera nos dice su simpatía por Casal, declara sus afinidades. Se muestra buen conocedor de las letras cubanas del momento, y particular estimador del poeta desaparecido. Algunas curiosas observaciones, como la que parece considerar virtud artística la condición enfermiza y neurótica, importan por lo que insinúan en rela-

ción con el propio Herrera.

Dos meses más tarde nos da su concepto sobre **Sensaciones de Arte**. Si en la nota anterior privan los elementos subjetivos, ahora intenta la valoración de un libro asaz sugerente. Con luz meridiana advertimos las características de su personalidad juvenil. Dueño de amplia información literaria y artística, proclama su predilección por las cosas de Francia, su esteticismo, su temperamento aristocrático. Y allí encontramos una afortunada —no importa sus limitaciones— definición del Modernismo. "Como Rubén Darío, como Gutiérrez Nájera, como Soto Hall, como todos los que beben en fuente francesa, ha sabido llevar a la música sonora de la lengua española la concisión, la gracia, el colorido, los giros brillantes y las rarezas artísticas y exóticas en que abunda la moderna literatura gala. De esta conjunción adorable ha nacido y se ha desarrollado en América lo que generalmente se llama **Modernismo**, que no es otra cosa que el verso y la prosa castellanos pasados por el fino tamiz del buen verso y de la buena prosa francesa". Tan acertada es la formulación que Octavio Paz no tuvo reparos en atribuirla a Rubén Darío. (4)

El 26 de enero de 1895 "El Cronista" publicó un escrito suyo dedicado a **Mis Versos**, libro de Justo A. Facio, aparecido el año anterior en San José de Costa Rica. El tono laudatorio apenas si deja mar-

gen a la exégesis. Herrera se excusa del aire ligero de la nota, y de su brevedad, alegando que se apresura a darle a la luz para no parecer extemporáneo, pues recibió tardíamente la obra del compatriota ausente.

Mayor importancia tiene su artículo intitulado "Plumadas", de fines de mayo siguiente. Se trata de una reseña a **Excursión Literaria**, folleto de Clemente Palma. "Qué confusión más endiablada y, sin embargo, más cautivante se contiene en la obra de Palma! Diríase que es el resultado de todas las lecturas, dede el comienzo de su vida pensante, de un ingenio, aunque juvenil, en alto grado serio y analítico", advierte (5). Pero el libro es sólo coyuntura para hablar de la literatura peruana fin de siglo y expresar ideas propias acerca de la actividad literaria.

A "Plumadas" pertenecen los párrafos donde Herrera reclama para Martí el título de iniciador del modernismo. "Del folleto de Palma se desprende que él tiene por iniciadores del modernismo americano a Rubén Darío y a Julián del Casal. En esto estoy en desacuerdo con el amigo de Lima. Para mí Darío y Casal han sido los propagadores del modernismo, pero no los iniciadores. Este título corresponde más propiamente a José Martí —olvidado por Palma en las citas que hace de los modernistas americanos— y a Manuel Gutiérrez Nájera. Ambos vinieron a la vida lite-

raria mucho antes que Darío y Casal, y eran modernistas cuando todavía no había escrito Darío **Azul** ni Casal su **Nieve**".

El párrafo anterior, y los que siguen hasta concluir la nota fueron publicados en la revista dominicana "Letras y Ciencias", No. 79, de julio de 1895, según Emilio Rodríguez Demorizi, quien además nos dice que Pedro Henríquez Ureña afirma en "Martí, escritor" ensayo de 1905, lo siguiente: "Su influencia literaria —de Martí— ha sido tema de un brillante estudio crítico del panameño Darío Herrera". (6)

Fuera del terruño Herrera iba a encontrar nuevas oportunidades para la crítica. Sabemos que en Buenos Aires comentó el libro de Luis Berisso **El Pensamiento de América**, de 1898, lo mismo que **Harpas en Silencio**, poemario de Eugenio Díaz Romero. Y es lícito pensar que su tarea de comentarador no terminó allí. En sus días de Buenos Aires otros libros y asuntos debieron merecer su atención, y lo mismo podemos presumir ocurrió en México y Perú.

Ahora bien: ¿qué significado tienen, desde el punto de vista de la crítica literaria, los textos brevemente glosados? Vistos a la altura de hoy no pasan de simples ejercicios de simpatía, en que se prodigó la llamada crítica impresionista. Se trata, es obvio, de escritos muy subjetivos, al margen de todo empeño científico, despreocupados de los

supuestos indispensables a la crítica actual. Pero en ningún caso carentes de valor. Aparte de que era esa entonces la habitual manera de hacer crítica en Hispanoamérica, la abundante información, su buen gusto personal, le permitieron observaciones sagaces y útiles apuntamientos. Sin olvidar que aquí también, como ocurre con su obra toda, estamos en el umbral de un edificio cuya cabal exploración puede depararnos estimulantes sorpresas.

EL CUENTISTA

Literariamente hablando, la porción más valiosa de la obra de Herrera la integran sus cuentos. Es, lo advertimos leyéndolo, la que le mereció más constante dedicación, el género donde podían manifestarse más felizmente algunas de sus peculiaridades. Porque Herrera, de natural enfermizo, fue un temperamento nervioso, apto para la comprensión de los demás, particularmente de los caracteres femeninos, los que mejor entiende y retrata. Y hombre con acusada sensibilidad plástica, gustador del espectáculo del mundo, que se complace en describir. Esa afición por el paisaje, natural y urbano, y la necesidad de describirlo, le exigieron el vocabulario consonante. De ahí la riqueza de su léxico, la estructura musical de su frase, los valores plásticos de su prosa.

Sus cuentos, formalmente perfectos, oscilan entre la descripción pura, como en "Los Desposados de la Nieve", o el

estudio psicológico de personajes femeninos, como ocurre en "La Nueva Leda", hermosa creación estética, o como en "Intangible", el texto inicial de **Horas Lejanas**, más que cuento "nouvelle", según Herrera gustaba llamarla, para Francisco García Calderón lo mejor del volumen. En "Los Desposados de la Nieve" una pareja de adolescentes santiaguinos, contrariados en su deseo de casarse, huyen a través de la cordillera y mueren sorprendidos por una tormenta. Herrera, quien parece experimentó el meteoro, lo describe de modo realmente extraordinario. Leyéndolo pensamos que para describirlo compuso el relato. "Intangible" tiene como protagonista una linda muchacha inválida, condenada a privarse de las satisfacciones de una vida normal.

La historia discurre en el balneario de Mar del Plata y brinda a Herrera, artista con una peculiar visión del mundo, oportunidad para el empleo de todos sus recursos. "Tanta hermosura sobre tanta desdicha —nos dice de su heroína, sintetizando la historia— era como un sarcasmo horrible: evocaba una primavera floreciendo sobre una tumba prematura". Y acaso confesándose, pone en boca de la misma esta observación a propósito del libro de un amigo: "Bajo la riqueza de su forma, llena de vida, en su libro hay siempre algo que muere".

Pero Herrera mostró, asimismo, poder para distintos enfoques. En "La Zamacueca", otro de sus más felices

logros, apunte realista de buena ley, el elemento dramático ofrece el rasgo culminante. Apartándose de su mundo preferido, muestra una escena popular en los aledaños del Valparaíso. El relato termina cuando, en pleno baile, un roto celoso rasga con un puñal la mejilla de su compañera, que enseguida va encendiéndose de púrpura.

Herrera, excepcional expectador de la comedia humana, "gourmet de la vida", como le calificó un amigo, nunca prescinde de la realidad. En sus ficciones, que gusta de idealizar, la virtud fabuladora está supeditada a las necesidades del observador.

Por sus valores formales, por ser su único libro, la mayor parte de los juicios que Herrera inspiró se refieren a **Horas Lejanas**. Una vez pues to a circular, el comentarista de "La Nación", de Buenos Aires, manifestó: "**Horas Lejanas** es, en esencia, un libro de forma; y la forma ha sido cuidada y pulida hasta la perfección, sin perder ni un instante su pureza castiza: Nuestro idioma en efecto, pocas veces ha sido más apremiado y de modo más victorioso, para hacer de él el delicado instrumento de precisión que es cuando lo manejan manos diestras, guiadas por un espíritu de artista".

Eugenio Díaz Romero, el editor de "Mercurio de América", subraya las peculiaridades del estilista. "Su memoria, dice, puesta a escribir en un estado de tensión prodigiosa, le per-

mite ayudado por el conocimiento meditado del léxico, colocar ante sus ojos, como en una vitrina, las voces empleadas; de suerte que aunque vuelvan a presentarse, son expulsadas porque así conviene a la pureza del lenguaje y a la estética del orfebre, cuyos celosos principios excluyen la repetición de un vocablo en un promedio no menor de mil quinientas palabras". (7)

"Si quisiéramos dar en cifra lo que vale el estilo de Darío Herrera, apuntaba a su turno Francisco García Calderón, diríamos que es la obra eximia, la quinta esencia de un espíritu equilibrado, en quien se reúnen la psicología dolorosa, y la larga visión de la vida, la opulencia y la magia de la forma. En el medio americano, Herrera pertenece a la generación de los renovadores, de los que huyen del fárrago decadendista y de la imitación viciosa para entregarse a la obra magna de aquilatar la lengua y de traer al arte la complejidad, la exquisita virtud del alma moderna". (8) Y vinculando ese rigor del estilista a su precaria salud, Max H. ríquez Ureña, q' le conoció en La Habana en 1906 y volvió a verle en México en 1908, nos ha dicho: "Esa obsesión, unida al trabajo intelectual desmedido que tuvo que aceptar para vivir elegante y decorosamente en la enorme Buenos Aires, debilitó su cerebro, en el cual se clavaron, despiadadamente, los garfios de una neurastenia que a cada instante amenazaba convertirse en locura melancólica". Porque Herrera "amaba

la frase límpida y cristalina de Flaubert, cuyo espejo quería ser en prosa castellana". (9)

Otros testimonios del mismo tenor podría aducir. Pero no hace falta. En Panamá la obra del cuentista ha suscitado algunas inquietudes. En el año de 1958 la señorita Evelia Alvarado, egresada de la Escuela de Español de nuestra Universidad, le dedicó un meritísimo trabajo de graduación. Y recientemente Rogelio Sinán ha contribuido con un esclarecedor ensayo. (*)

EL CRONISTA

Como en el cuento, Herrera se ejercitó también en el cultivo de la crónica, típico aporte modernista, y género que permitió algunas de las más brillantes realizaciones de esa generación. Con Gómez Carrillo alcanzó jerarquía impar, y Gutiérrez Nájera, Martí, Darío, Neruo dejaron asimismo crónicas superiores, de grato sabor, indispensables documentos además para la reconstrucción del ambiente intelectual, artístico y moral de aquellos días.

Herrera se internó entusiasmado por un camino así prestigiado, y encontró en el género un modo de expresión que le iba a ser consustancial. En efecto, su gusto por la descripción, su natural mundano, de hombre amigo de la vida elegante encontrarían en la crónica un instrumento para cuyo manejo estaba predestinado. Así lo entendieron los directores de "La Nación", de Buenos Aires. En la alborada

del siglo lo enviaron a Mar del Plata, balneario entonces incipiente, para que escribiera sus impresiones. En reconocimiento a la tarea entonces realizada por el cronista una de las calles de la ciudad lleva hoy su nombre.

A raíz de nuestra separación de Colombia, Darío se vio obligado a abandonar la Argentina, donde hincaba ya firmes raíces. Su lento viaje de retorno quedó registrado en una serie de crónicas, las primeras de las cuales, "Horas australes" y "Croquis limeño" aparecieron poco después en "El Heraldo del Istmo". Son textos amenos, de gratísima lectura, e inapreciables testimonios autobiográficos. En los diversos sitios donde vivió Herrera buscó su vertiente amable o interesante para mostrarla a los demás. Y visiones de Buenos Aires, de Lima, La Habana, México y Panamá se nos ofrecen a través de su temperamento de esteta, de observador culto y curioso. Precisamente porque se apoya en la realidad, la obra de Herrera tiene un alto valor documental. Por eso mismo, profundo sentido americano.

Cuando, en tarjeta enviada desde Callao a don Héctor Conte Bermúdez en el año de 1910, Herrera afirmaba tener material para un volumen mayor y más sólido que el de **Horas Lejanas**, aludía sin duda a su obra de cronista.

Desde el punto de vista de los valores formales, en cuanto manifestaciones del escri-

tor, sus crónicas en nada demereren de sus cuentos. Antes bien confirman las excelencias del estilista, del hombre que tenía "el culto de la frase perfecta", como observó Ventura García Calderón; el de la prosa "pura, suelta, flexible", en la apreciación de Nicanor Boleto Peraza.

EL POETA

Como era natural que ocurriera, Herrera se estrenó escribiendo versos. Preso entre las mallas de la herencia romántica publicó mediocres poemas allá por el año de 1892. Y en los periódicos panameños de la última década del siglo esporádicas muestras documentan esa afición. Pero nada de lo que escribió entonces —y yo conozco— puede equipararse a lo que hizo en prosa. No obstante, por esos días Herrera acomete novedosos experimentos poéticos. En carta publicada en "La Estrella de Panamá" el 19 de junio de 1939, don Daniel Ballén da buena cuenta de ello, y reproduce un rondel de Herrera, poema de tres estrofas de versos de quince sílabas, escrito en competencia con otro del propio Ballén. Por esos días Herrera debió haber escrito algún poema versificado en pies silábicos, a la manera del famoso nocturno de Silva. De lo contrario carecería de sentido la broma que, según Ballén, le hiciera con Julio Fábrega, improvisando un poema jocoso con esa estructura formal.

Darío Herrera seguirá escribiendo versos, en un apa-

rente propósito experimental. Pero su obra poética propiamente dicha se inicia con su marcha al exterior. Apenas dos meses después escribirá "Eros, Lumen, Numen", uno de sus buenos poemas, que firma en Los Andes, invierno de 1898.

En el ambiente de Buenos Aires Herrera se siente estimulado, pese a las penurias de los primeros meses. (10) Allí escribe hermosos sonetos y nuevas composiciones de compleja estructura. De esa época deben ser los sonetos, no identificados, que el poeta peruano Alcides Spelucín estima posible origen de los que escribieron luego Herrera y Reissig y Lugones y dieron pábulo a una sonada controversia. Y de 1898 es su versión, en prosa, de la "Balada de la Cárcel de Reading", el célebre poema de Oscar Wilde, puesto en lengua castellana por primera vez.

Hasta donde la información actual permite establecerlo, el poeta parece haber encontrado su mejor momento durante los años de su residencia en Callao. Allí escribe o retoca buena parte de su poesía. Y allí selecciona, con miras al libro, parte de ella. En carta a Rubén Darío, de 9 de junio de 1911, confesaba: "Me decidí recientemente a seleccionar, en colección de volumen, los versos míos menos mediocres, y está por editarse el libro, cuyo título es *Lejanías Intimas*". (11) Del prólogo a ese libro son los siguientes párrafos: "Del pasado de diarios y revistas de España y América,

seleccione estos versos míos, redimiéndolos así de mi indiferencia. Para hacerlos dignos de aparecer en volumen he corregido en lo posible sus defectos de forma y de asunto, defectos propios de la inexperiencia de la edad o de la prisa de las horas en que los escribí..." (12) Afirmación extraña en tan consciente escritor, permanente crítico de su propio quehacer, como lo demuestran las variantes que desde mucho antes exhiben varios de sus sonetos.

En mi cerebro que enfiembra el desvelo,
mis pensamientos entonan su canto:
ritmos muy tristes en gamas de llanto,
versos vestidos con vestes de duelo...

Tras un nostálgico, místico velo,
muestra el recuerdo su faz de quebranto,
y los dolores despliegan su manto,
hechos con nubes de un lánguido cielo.

Mientras silente la noche transcurre,
por lejanías la mente discurre,
donde vertieron los sueños sus flores.

Y cuando inicia sus fiestas la aurora,
ante el altar de un espíritu ora,
ora mi musa ya viuda de amores...

EL HOMBRE

He tratado de ofrecer una visión integradora de la obra literaria de Darío Herrera, según lo que hoy sabemos al respecto. Ahora creo oportuno dedicar atención a la persona de Herrera tal como él mismo se vio, y como la vieron sus contemporáneos.

En carta a Federico Urbach, poeta cubano, de 19 de enero de 1895, parcialmente transcrita por José Antonio Portuondo en ensayo dedicado

Si los poemas de Herrera no revelan la misma consistencia y unidad de su obra en prosa, no por eso dejan de importarnos. En la evolución de la poesía panameña constituyen un aleccionador documento, y en cuanto al autor ofrecen elementos autobiográficos que nos ayudan a comprenderlo en su torturada condición de enfermo noticiado de su mal. A ese respecto, su soneto "Insomnio", de 1907, es tristemente revelador:

a los hermanos Urbach, Herrera dice:

Te gusta la monarquía y eres católico. Yo gusto de la primera tan sólo cuando la considero desde el punto de vista artístico; pero en la práctica detesto de ella, porque soy republicano y republicano liberal. ¿Católico? ¡Diablo! Si supieras cuan poco católico soy. Cuando escribo literatura apelo al catolicismo en mis composiciones, porque en el catolicismo como en el paganismo, budhismo, etc. hay arte; pero en realidad de verdad no creo más que en Dios, soy deísta.

¿Tienes el alma triste? Yo también. Soy un desgraciado neurótico y a ello ha contribuido más que el trabajo intelectual una dispepsia tenaz e implacable que sufro desde hace la friolera de cinco años. No como más, nada más, y de esto hace también cinco años, que huevos, caldo y leche. (Un anacoreta, verdad?) Sufro insomnios frecuentes y no tomo nunca licor, porque el licor me enferma. (13)

Esa condición de enfermo fue una constante en su vida. En las **Memorias** de Chocano hay un párrafo pertinente. Luego de manifestar que los poetas Rivas y Escobar fueron a visitarle, durante su paso por el Istmo en 1901, dice: "Había muerto Adolfo García. Estaba ausente Darío Herrera, a quien conocí en Lima: pálido, nervioso, delicado, enfermizo cultor del "vacío elegante", apreciación la última que envuelve un velado reproche.

Pero quien nos da el más cumplido retrato físico y moral del hombre es Eugenio Díaz Romero, el compañero que por varios años compartió con Herrera "las alegrías e inquietudes de la vida cotidiana". Díaz Romero escribe:

Quien lo examine de cerca, con atención, un instante, notará de seguro su físico endeble, cuasi vacilante, pero de líneas definidas, no obstante. Su nariz, ligeramente aguilena; sus ojos verdes, semihundidos en las cuencas, pero de un brillo insinuante, de esmeralda viva o húmeda alga; sus cabellos escasos, luminosos y negros, destacándose sobre la palidez enfermiza de la tez, como un rayo de sombra sobre una rosa clorótica; su voz transparente, un tanto débil en

la pronunciación de las sílabas finales; su figura pequeña; su bigote castaño; sus manos nerviosas, de dedos finos y cortos, revelan un tipo distinguido, sobrio, poco dado a las emociones repentinas, tipo lacónico, en cuyos gestos y actitudes se disuelven los tintes de una madurez prematura, pero cuyo espíritu se cobijan sentimientos nobles. (14)

No obstante su precaria salud, su aspecto enfermizo, Herrera fue siempre caballeroso, digno y cordial. Balder Moen, librero de Buenos Aires que mantuvo relación amistosa con él, lo pinta "de una educación refinada, pulcro hasta la punta de los dedos". En la redacción de "La Nación" se le recordaba, en 1920, como "extraordinariamente caballeroso y simpático".

Desde el momento en que las circunstancias le aconsejaron abandonar la Argentina, Herrera empezó a padecer desequilibrios nerviosos de los cuales nunca se recuperaría plenamente. Antes de dejar Buenos Aires tuvo su primera crisis. Y no acababa de llegar a París, recién nombrado Cónsul en Saint Nazaire, cuando debió ser internado en una clínica. Lo mismo ocurrió en La Habana, en el viaje de retorno. Max Henríquez Ureña cuenta que se creía perseguido. Y su estado de ánimo distaba mucho de ser saludable a su arribo a México en 1908. Pero era hombre educado y cortés, propenso a la amistad con quienes compartían ideales y aficiones, fundamentalmente bueno. Alfonso Reyes,

que le conoció en México, nos da su retrato moral en una divertida y penetrante anécdota: "Cuando se encontraron por primera vez el dulce Darío Herrera y el terrible Díaz Mirón, les pedí a ambos sus impresiones, y descubrí que no se habían encontrado sino con sus respectivos espejos: "Es una paloma", me dijo Herrera de Díaz Mirón"; y "es un león", me dijo Díaz Mirón de Herrera". (15)

CONCLUSION

Todo lo dicho autoriza a confirmar la opinión que proclama a Darío Herrera el más grande prosista de su generación y uno de nuestros mayores nombres literarios. Sin embargo, con estas consideraciones antecedentes he querido más bien actualizar el problema que el imperfecto conocimiento de su obra plantea, para llamar nuevamente la atención de quienes están obligados a resolverlo. Afortunadamente, hoy sabemos un poco más acerca de su biografía, y son más los textos suyos de que podemos disponer. (16) Pero es razonable pensar que sigue siendo mayor la porción desconocida. En Buenos Aires Herrera no sólo colaboró en "Mercurio de América" y trabajó para "La Nación": otros periódicos y revistas le brindaron sus páginas, y es preciso localizar lo que allí publicó, aparte lo que firmó con pseudónimos. (17) En Lima fue colaborador frecuente de "El Comercio", y todo induce a pensar que en Callao, donde Herrera vivió alrededor de un lustro, quedan testimonios de

su pluma. Sabemos que colaboró en "Figaro" y "La Habana Elegante", revistas literarias de Cuba, y que estuvo vinculado a "El Imparcial", de México. Y queda su correspondencia, que arrojaría mucha luz para un mejor conocimiento de su obra y su persona. Herrera gustaba de escribir a sus amigos, y los tuvo en muchos meridianos. La tarea de ir al encuentro de esa obra exige además la meticulosa compulsión de los textos, e invita a la búsqueda de posibles originales. Empresa nada fácil a estas alturas.

Por último, quiero aclarar y completar una afirmación mía poco feliz inserta en los "Apuntes sobre Darío Herrera", por muchos aceptada y repetida sin crítica. Le calificué entonces como "el escritor menos panameño que se puede dar". Y quise decir, en rigor, que en su obra no se percibe interés en subrayar, como digno de especial atención, el tema o ambiente panameños. Pero muchos de sus poemas, en especial sus sonetos, son claras descripciones de nuestro paisaje, y cuentos y crónicas suyos están ambientados en Panamá. Si eso no fuera suficiente, el espíritu cosmopolita que penetra toda su obra es característico de nuestra ciudad. Herrera representa, muy cumplidamente, lo que hay de universal en el carácter del panameño. quede claro.

Panamá, Julio de 1970.

N O T A S

- (1) Herrera marchó el día 4, según informa "La Situación" del día 5.
- (2) Ver "El Final de un Equívoco", en "Alfa", No. 1 de Noviembre de 1944.
- (3) La carta en "Nuevos Ritos", No. 65, de 1o. de mayo de 1910.
- (*) Publicado en Primer Congreso Regional de Academias de la Lengua de Centroamérica y Panamá. Managua, Nicaragua, 1967. (Ver pág. 13)
- (4) Ver Cuadrivio. México, 1969. Pág. 18.
- (5) "Plumadas" se publicó en "El Cronista" de 26 de mayo.
- (6) Ver "Martí, iniciador del modernismo americano", en "Lotería", segunda época. No. 59, de octubre de 1960.
- (7) Comentario a Horas Lejanas, reproducido en "El Cronista", de 13 de 13 de julio de 1903.
- (8) "La Personalidad de Darío Herrera. Su Ideología. Su estilo. Impresiones sobre su obra Horas Lejanas", en "El Heraldo del Istmo", No. 16, de 21 de septiembre de 1904, reproducido en el "Panamá América" de 12 de junio de 1939. El Ensayo no se incluye en De Letteris, libro de 1904, como he dicho en el Cuento en Panamá y en Cien Años de Poesía en Panamá, apoyado en referencias no documentadas. En la Biblioteca Nacional de Madrid pude consultarlo y comprobarlo.
- (9) "Mis Recuerdos de Darío Herrera", en "Diario de PANAMA", de 10 agosto de 1920.
- (**) De entonces es la siguiente definición de "El Arte", en estrofa incluida en Panamá — Santander. Album de Autógrafos. Panamá. 1893,

Eres Dios. Tus sectarios a tu sonoro
y sacro acento vierten ansias diversas.
Das formas a sus miríficos sueños de oro:
y cuando sus espíritus iluminas,
del lienzo esplendoroso brota María,
y del bloque pentélico Citearea,
vibra en el pentagrama la Melodía
y de la estrofa emerge, triunfal, la Idea.
- (10) Ver Moen, Balder: "Historia del Gabán de Darío Herrera", en Lotería, No. 55, de diciembre de 1945.
- (11) Ver Mosquera de Martínez, Gloria Luz: Darío Herrera, Modernista Panameño, Madrid, 1964. Pág. 106. En este trabajo, tesis para el doctorado en la Universidad Central, de Madrid, se intenta un estudio global de Herrera y ofrece una útil selección de textos, entre ellos fotocopias de tres cartas de Herrera a Rubén Darío, que se guardan en el Archivo Rubén Darío, de Madrid.
- (12) De carta que me enviara desde Londres, el 26 de febrero de 1938, Darío Herrera Paulsen. Al párrafo transcrito agrega la siguiente información: "El libro se compone de poesías Breves, Rondoles, Tetralogía, Mitológicas, y versos Epicos. Anexo al volumen hay una pequeña "nouvelle" intitulada "Bajo la Lluvia." Y en carta de 17 de mayo del mismo año, nuevas noticias: "Le manifiesto que "Lejanías" se compone de 53 poemas".

- (13) *Apuntes sobre los Urbach*. La Habana, 1953. Págs. 15 y 16.
- (14) Díaz Romero, Eugenio, Trabajo citado.
- (15) *La Experiencia Literaria*. Buenos Aires, 1942. Pág. 35.
- (16) Los progresos han sido lentos, y continuarán siéndolo mientras no se realice una investigación metódica en los lugares donde Herrera vivió.

Debemos considerar, sin embargo, conquistas apreciables la localización de su partida de bautismo, y de textos como el de su versión de la "Balada de la Cárcel de Reading" —publicada en el "Panamá América" de 10 de diciembre de 1950—, la carta a Federico Urbach, el comentario a *El Pensamiento de América*, que hizo traer Evelia Alvarado, y las cartas a Rubén Darío reproducidas en el libro de la señora de Martínez. Tienen interés, también, los enfoques críticos de las mencionadas profesoras, y el que aparece en *Medio Siglo de Poesía Panameña*, del Dr. Ismael García S.

Como obra de divulgación importa asimismo el Suplemento Mensual No. 2 de la revista "Lotería", correspondiente al mes de diciembre de 1963. Ofrece los seis cuentos reproducidos por Andreve en la Biblioteca de Cultura Nacional, y nueve poemas. Además, mis "Apuntes sobre Darío Herrera", un fragmento del ensayo de Gaspar Octavio Hernández y las páginas que le dedica en su libro citado el Dr. García. El editor, profesor Mario Augusto Rodríguez, pone de su cosecha una nota bio-bibliográfica y un comentario editorial.

- (17) Don Miguel Amado me hizo saber en 1947 que Herrera firmó algunos escritos de los publicados en Buenos Aires con el nombre de Lucio Germán.

FRAY RODRIGO

La Cruz de los Escartines

Para la celebración de las fiestas religiosas del 3 de mayo, la ciudad olvidaba su recogimiento habitual, se desprecupaba por completo de las "correderas", no formaba los alborotos del Marañón y del Trujillo y se vestía de limpio para que los elementos de todas las clases sociales participaran en las fiestas de la Cruz en el barrio de Boyaín, típico reducto del panameñismo arrabalero que se hizo célebre por sus suculentos tamales de gallina, o a Cantarrana, en donde la negrada criolla de La Calzada iba a rezar y a comer "goyería" como para no mezclarse con la gente de cierto rango social que se reunía en la Cruz de las Escartines para rezar rosarios, para entregarse a los bailes regionales — tamboritos, curachas,

cumbias — y beber chicha "loja" preparada y obsequiada a los concurrentes por Matea Monterrosa, por las Lañones y las Andreve.

La Cruz de las Escartines era como un adorno puesto frente a la casa solariega de la familia Clement, en el preciso cruce de las calles 12 Oeste y A. La tradición no dice de donde le vino el nombre ni por qué tuvo más prestigio que las otras de Boyaín y Cantarrana. Ahora que apenas vive vibrando en el recuerdo y surge en la historia de la ciudad como una de las tantas cosas que hemos encerrado en el olvido, la Cruz de las Escartines nos prueba que en el nombre de la civilización y en nombre del modernismo con que estamos saturando nues-

tra vida, somos los alegres destructores de nuestras propias costumbres sociales y religiosas.

Bajo su carácter profano, un sentimiento de profundo respeto religioso florecía sobre el prestigio de la esquina. Como las calles de entonces no sufrían la indiferencia de la línea recta, ni tenían adoquines, ni se gastaban el lujo de los desaguaderos y no tenían direcciones de tráfico, alguien, al hacer el túmulo de la Cruz, lo levantó calle adentro, le dio forma rectangular que se fue adelgazando a medida que surgía hasta quedar en un pequeño cuadro donde seguramento con la pompa que la tradición no ha querido decir, se colocó una cruz de regular tamaño, de bien labrada madera que se conservó siempre intacta a pesar de tantos aguaceros y tanta caricia de sol tropical...

Como no tenía dueño, era de todos y el vecindario la cuidaba con cariño singular. Pronto se hizo de una aureola de milagro y desde entonces no le faltaron las ofrendas florales, las velas encendidas, los votos, las misas y la promesa de la celebración de la fiesta del 3 de mayo.

Ocho días antes, la dueña de la fiesta repartía varas en

tre el vecindario. Este las vestía, llamaba a fiesta y el trozo de calle cobraba un aspecto típico de alegría que era como una bendición de paz. El mismo tres de mayo, el túmulo y la cruz daban la impresión de un niño sano y robusto, tomando el sol de la tarde, sentado sobre la grama verde y fresca de un jardín primaveral. Pasado el runrún de los rosarios mascullados a media voz, la chicha loja refrescaba las gargantas y excitaba levemente la sangre con su delicioso sabor a canela; el baile con sus mujeres vestidas de polleras, llamaba con la alegría loca de los tambores o con la aristocracia musical de los violines a quienes acompañaban la coquetería de las flautas y el atolondrado rasguear de las guitarras españolas..

Diseminadas en los alrededores, las mesas de comida convidaban al pecado de la gula: los típicos sancochos de gallina se agitaban con sus trozos de yuca, con sus pedazos de ñame, con sus postas blandas desde las ollas de barro para hacer guiño de burla al pudor hipócrita de los tamales succulentos; las ensaladas de papa fresca saludaban a los trozos de chorizo frito y el adobo de gallina no sabía qué hacer para desalojar a los buñuelos almibarados, a las cocadas y a la porosa complexión de los merengues... Así que pasada la noche, iba decreciendo el entusiasmo y al amanecer sólo quedaban unos cuantos borrachos recostados en las paredes de las casas vecinas.

Los apuros de la civilización y de la Sanidad estrangularon esta fiesta típica; con las calles nuevas, el t́mulo y su cruz emprendieron viaje hacia el olvido; don Carlos Clement hizo su casa nueva; las Andreve, las Lañones y Matea Monterrosa no pudie-

ron seguir haciendo sus fiestas y para hacer completo el exterminio, en el lugar preciso de la Cruz de las Escartines, han puesto ahora, como una señal grosera, un poste presumido que alarga un brazo sosteniendo un enorme foco de luz artificial...

La muerte del primer presidente de Panamá

La Oficina de la Inspección General de Planificación y Administración de la Presidencia de la República colocará próximamente en su sede de la Calle Sexta Casa No. 3-65, de la capital, una placa conmemorativa del fallecimiento en ese local del primer Presidente de la República, Dr. Manuel Amador Guerrero, infausto acontecimiento ocurrido el 2 de mayo de 1909.

Poca información se ha conocido hasta hora de aquel sucedido histórico, cuyo recuerdo revive con su gesto patriótico la mencionada Oficina. Los periódicos de la fecha no eran prolijos en detalles de carácter social, y las personas contemporáneas, por desgracia a esta fecha han desaparecido.

Con todo, por dicha un rotativo en idioma inglés de aquella época nos dejó una información prolija de la desaparición de nuestro primer mandatario en los términos que a continuación transcribimos:

“EL DOCTOR MANUEL AMADOR FALLECE.

“El primer Presidente de Panamá murió después de larga enfermedad. El final sobrevino el domingo en la tarde.

“El Dr. Manuel Amador Guerrero, primer Presidente de la República de Panamá, murió a las cuatro en punto de la tarde del domingo en su residencia, número 48 de la calle Sexta, en esta ciudad. La muerte le sobrevino como una culminación de una dolo-

rosa enfermedad de varios meses de duración.. Hubo desacuerdo entre los médicos sobre cuál fue la causa primaria de su fallecimiento, pero la muerte vino como resultado de una dilatación del estómago.

“El Dr. Amador había estado sufriendo quebrantos de salud por largo tiempo. Mientras ocupaba el solio presidencial él sufrió mucho, y, en vista de esto, fue en busca de alivio a visitar a Europa a mediados del año de 1907. A lo largo de su viaje consultó a varios médicos eminentes, cada uno de los cuales dio diferentes diagnósticos. Entre los consultados estuvo el Dr. Laffite de New York, quien diagnosticó una dolencia como cáncer en los huesos. Este doctor también aventuró la opinión de que el Dr. Amador no podría vivir más de seis meses. Este pronóstico no le fue comunicado al paciente, pero fue transmitido en documento escrito a Mr. William Nelson Cromwell, quien era amigo del Dr. Amador.

“Esto fue a su retorno de Europa. El Dr. Amador sobrevivió a aquel pronóstico un poco más de veinte meses, pero ha sucumbido a la dolencia diagnosticada por el médico de New York, en quien, esto es digno de consideración, él mismo había depositado poca fe. Siendo un médico de larga experiencia, probablemente tenía razones profesionales para diferir con el diagnóstico de su colega.

“Al retorno de su viaje en el otoño de 1907, dedicó sus

últimas fuerzas a sus obligaciones y deberes y se aplicó con ardor a la situación política, la cual fue extremadamente intensa en los finales de su administración. Su aplicación y energía, no obstante, fueron el resultado de su fuerza de voluntad y no una natural exuberancia de vigor. Pero el mal que venía sufriendo había minado grandemente sus fuerzas y echado un gran peso sobre su espíritu. Su viaje le había proporcionado poco bien. Durante las últimas semanas que ocupó su despacho, sufrió intensamente y el cuidado de sus médicos le proporcionó poco alivio. En verdad, fue un mártir del dolor, y la forma como mantuvo la lucidez hasta el final de sus facultades mentales, puede considerarse como un milagro. Fue sólo por su heroica determinación como se sobrepuso a los dolores de su cuerpo atormentado para darse una tregua y mantener sus manos en el timón del gobierno.

“Cuando al fin, el 30 de septiembre del último año (1908) soltó las riendas del poder, fue una imperiosa necesidad su descanso, pero infortunadamente no resultó una ayuda para detener el desarrollo de su dolencia física. La condición del Dr. Amador fue haciéndose gradualmente peor. El continuo sufrimiento aumentó, a veces, a la agonía, pero él lo desafió con increíble fortaleza. Estuvo constantemente bajo tratamiento médico y tomando una gran cantidad de medicinas para prolongarle la vida, pero que le pro-

porcionó poco o ningún alivio y los resultaron fueron más bien prolongar su sufrimiento. Su condición alarmó a sus amigos y su residencia fue visitada diariamente por devotos inquirientes ansiosos de obtener noticias optimistas. Entre el gran número de visitantes estuvo Su Excelencia el Presidente de Obaldía, cuya amistad con el Dr. Amador comenzó hace cuarenta años. Cuando se vio que el estado del Dr. Amador era irremediable, el Presidente de Obaldía aumentó la insistencia de sus llamadas y estuvo en la residencia de su amigo con tanta frecuencia como las circunstancias lo permitían.

“El domingo en la tarde, a las cuatro en punto, la Gran Segadora alivió al ilustre doliente de su agonía. El final vino pacíficamente. Los parientes del venerable hombre, señora de Amador, Dr. Raúl Amador, señor Manuel E. Amador, señora de Ehrman (con anterioridad señorita Elmira Amador), parados a la cabecera de su lecho presenciaron dolorosos las últimas convulsiones de su envoltura terrenal, las cuales presagiaron el vuelo del espíritu. El Presidente de Obaldía también estuvo presente junto a la cabecera de su amigo agonizante al darse cuenta que su fin era inmediato.

“El Dr. Amador mantuvo su conciencia casi hasta el final. Sus últimas palabras coherentes fueron para expresar su deseo de que el Himno Nacional fuese tocado a medida que su cuerpo fuese bajado a la

tumba. Tal deseo fue cumplido en los funerales.

“Tan pronto como se supo la triste nueva, profusas expresiones de pesar fueron escuchadas en todas partes. La familia recibió mensajes de condolencia de muchos lugares. El Presidente de los Estados Unidos, Mr. Taft, envió el siguiente telegrama:

“Washington, D.C. Mayo 2 de 1909.

“Mrs. Amador Guerrero, PANAMA. La señora Taft y yo extendemos a usted nuestra más sentida muestra de simpatía en su gran pesar y profundo dolor con motivo de la muerte de un gran amigo.

Wm. H. TAFT”.

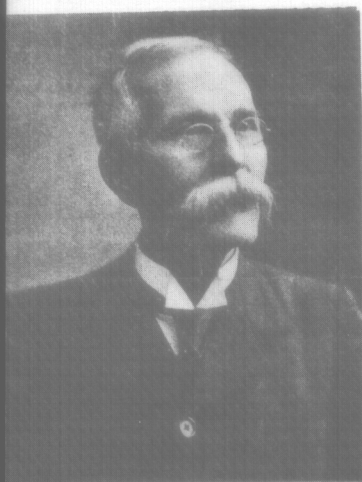
(THE DAILY STAR AND HERALD, Mayo 4 de 1909).

— o —

El Dr. Manuel Amador Guerrero había nacido en Turbaco, República de Colombia, el 30 de junio de 1833. Por una excepción de la Constitución Nacional de 1904, contenida en el artículo 141, pudo ser elegido Primer Presidente constitucional de la República de Panamá “por haber tomado parte activa en la independencia de ella”. Cuando ascendió al poder el 20 de febrero de 1904, había cumplido 70 años, siete meses y 20 días. Su fallecimiento le sobrevino a los 76 años, me-

nos un mes. El Consejo Municipal de Panamá lo declaró HIJO PREDILECTO de la ciudad capital. Se le cataloga como el primer Prócer de la

República. Ante su busto en el Parque de la Independencia, todas las Embajadas del mundo le rinden ofrendas florales.



Excmo. Señor Doctor MANUEL AMADOR GUERRERO



Entierro del primer Presidente de Panamá, Dr. Manuel Amador Guerrero.

LOLA C. DE TAPIA

La familia Von Trapp

Recordando durante el mes de abril, a Shakespeare, cuyo cuarto centenario se cumplió en 1964, me vino a la memoria la práctica establecida en el pueblecito donde nació —Stratford en Avon— de indicar con una flecha, la residencia en la que dio su primer balbuceo, uno de los genios más completo de la humanidad. Creo que todo el que llegue al lugar, que se conserva casi con el mismo ambiente de 1564, va derecho a conocer esa morada, sin necesidad de la flecha, especialmente, la gente de cultura. En el caso de las reliquias que aún apuntan en Panamá, para recordar el ayer, sí debieran colocarse no sólo flechas, sino placas históricas, casi narrativas, que dieran luces de lejanía a nuestra ciudad, palpitaciones de

un acontecer que pudo mostrar la exquisita modalidad que se respiraba entonces.

Serían, extensos los recuentos de los episodios artísticos que se desarrollaron en los ámbitos del Teatro Nacional, girón de fina textura sobre el que se bordaron infinidad de figuras de artistas extraordinarios. Como es tema de mi predilección, vuelvo a referirme a él, en este artículo, para escribir algo sobre el grupo que durante la primera guerra mundial, se presentó por varias noches en su escenario: la familia Von Trapp. Desde el primer momento, cautivó la atención del público, la hermosa mujer, vienesa, que explicaba en un español de acento suave y sereno, la gestación del movimiento musical

que componía el conjunto, integrado por su familia. No venía el esposo; pero lo reemplazaba un gallardo mancebo, su yerno, que formaba parte de la orquesta y la dirigía. Su narración era sencilla, sin gritos de espanto ni sabor de tragedia. Contaba, cómo ella, cuando sus niños eran muy pequeños solía cantar, mientras ejecutaba las faenas hogareñas y su esposo, al regresar, entonaba junto con ella, los aires populares austro-húngaros. De esa manera, poco a poco, fueron iniciando a los chicos en el estudio y manejo de diversos instrumentos. Entre ellos, la viola que entonces era absolutamente desconocida de nuestros pueblos latinos. No narra dramáticas fugas: sencillamente relataba y ofrecía un mensaje de acercamiento, a través de la gran música y de la distancia; un ruego de simpatía hacia su nación, flagelada por la guerra. Todo esto ocurría durante el conflicto internacional que comenzó en 1914. con el episodio de Sarajevo y este errante peregrinar a través de caminos y mares, se desarrolló en esos tiempos, hasta llegar a nosotros, a fines de 1917.

Cuando se aplaudían las maravillosas ejecuciones, las manos expresaban al chocar, una delirante muestra de admiración y cariño. Fueron muchas las personas que, como yo, nos aproximamos para saludarlos y donarles flores, y discretos auxilios en dinero, vinos franceses, dulces, entre los que se mezclaban los nuestros, algunos de ellos elabora-

dos con prolijos cuidados, por una distinguida matrona panameña que consistían en naranjas delicadamente cristalizadas, rellenas con el sabroso "manjar blanco". Era una escena que se repitió varias veces, sin decaer nunca el entusiasmo.

Muchos años más tarde, hace tres o cuatro, ví el despliegue de propaganda de una película musical que captó totalmente la atención y el delirio de las multitudes que acudían al Teatro Bellavista a admirarla, "La Novicia Rebelde", protagonizada en su papel principal, por una artista llena de vivacidad y encanto: Julie Andrews, que ha reafirmado en otras producciones, sus magníficas cualidades artísticas. Como subtítulo lleva el rubro "La Familia Von Trapp" para indicar su extracción, su origen, tal vez por compromiso adquirido por algún sobreviviente del grupo original. A pesar de la belleza de los paisajes de los bosques de Viena que ponía su encanto como telón de fondo en el espectáculo, se descubría la mistificación al desenvolver los episodios como ocurridos durante la última guerra mundial que se inició en 1939 y totalmente diferente al original, en el cual no existía la gentil novicia que cuelga graciosamente los hábitos, atraída por el amor y la gallardía del Capitán, jefe de familia y padre de los traviosos alumnos. Las persecuciones hitlerianas, la dramática fuga y el feliz desenlace, no les ocurrieron a la auténtica familia Von

Trapp, porque sus angustias ocurrieron 22 años antes y, justamente se entrelazaban con los episodios de la vida institucional austriaca, durante el imperio de Francisco José, cuya esposa fue muerta por un nihilista italiano. Antes, había padecido el dolor del suicidio de su hijo, heredero suyo, ocurrido quizá más por la desesperación de ver

frustradas sus aspiraciones de cambios, que por la pena de su romántico idilio. Fueron amargas experiencias las de ese hombre que mantuvo encerrado en un castillo, al hijo de Napoleón Primero. Murió el Emperador en 1916, antes de terminar la guerra y sus últimas palabras fueron: "No hay dolor en el mundo, que no haya sufrido mi corazón".

*Panameños
de la época colonial*

ACHURRA Y NUÑEZ DEL ARCO, El Dr. José Andrés de

Natural de Panamá. Canónigo magistral, tesorero, maestraescuela, arcediano, dean y previsor de aquella iglesia. Nombrado Obispo de Trujillo en 25 de octubre de 1788, tomó posesión a su nombre en 15 de abril de 1790, su antecesor D. Baltazar Jaime Martínez de Compañón que había ascendido a Arzobispo de Santa Fe; y desbués lo hizo personalmente en 16 de enero de 1791. Murió en 31 de enero de 1793. (1)

Estante 116, Cajón 6, Legajo 5, Archivo G. de Indias.

DICCIONARIO MENDIBURGO. Página 163. Tomo 1.

(1) Véase: Bueno. Catálogo de Arzobispos y Obispos peruanos. Este trabajo se halla reproducido en los Documentos Literarios del Perú del Coronel Odrizola. T. III. Vilchez Pedro José. Nomenclatura de los señores Obispos de Trujillo. Trujillo, 1845. Polo José Toribio. Apuntes sobre Trujillo y sus Obispos. Publicado este estudio en los Documentos Literarios del Perú del Coronel Odrizola. T. X. Págs. 327 a 370.

—oOo—

Gaspar de Jesús AGUILAR

Nació en la ciudad de Panamá el día 13 de enero de 1723 del legítimo matrimonio del Teniente Francisco de Aguilar, hombre de reconocido valor y de singular talento y de María

Ana de Ortíz. Fue su tío carnal el Licenciado Pedro de Aguilar, presbítero y excelente orador.

Su padre fue Teniente de la compañía de cuarterones del Batallón de Milicias de Panamá y su madre era cuarterona de manera que a Gaspar de Jesús le correspondía el grado de quinterón; por tal motivo en 24 de mayo de 1755 se le concede al igual que al Notario panameño Manuel Joseph López.

A los doce años de edad se dedicó Gaspar de Jesús Aguilar, con inteligencia y celo, al manejo de los papeles de la oficina de Joseph Bermúdez, Escribano de Provincia y luego años más tarde pasó a la Escribanía de Cámara de Francisco Nicolás de Aizpuru, en donde a los 25 años (1748) es Oficial Mayor.

Por renuncia que hizo Cristóbal de Medina Veytía vino a ocupar algunos años después el importante cargo de Receptor de Número de la ciudad de Panamá.

En 1755 se le concede el Fiat y título de Notario Público de Indias, y además, como una especial complacencia del Rey, se prohíbe que se le ponga obstáculo alguno por su calidad de quinterón.

No hemos podido averiguar la fecha de su muerte, pero acaeció en la época en que desempeñaba el ejercicio notarial.

Estante 69, Cajón 5, Legajo 35, Números 17 y 18, Archivo G. de Indias.

Doctor Pedro de Aguiriano y Arizaga

Este ilustre varón, modelo de virtud y lleno de merecimientos, nació en la ciudad de Panamá —no sabemos la fecha— del legítimo matrimonio del Capitán Pedro de Aguiriano y de doña Agustina de Arizaga, ambos pertenecientes a una de las principales y encopetadas familias que por entonces habitaban la muy noble y muy leal ciudad de Panamá.

En el hogar paterno y mientras aprendía las primeras letras y los rudimentos de la enseñanza primaria, sintió una gran vocación por las cosas divinas, y así desde muchacho frecuentaba la Iglesia Catedral en la que mostró aptitudes por los asuntos eclesiásticos. Pasó a Quito donde cursó estudios mayores en la Real Universidad de San Gregorio, y allí gracias a su inteligencia se le confirieron todos los grados hasta el de Doctor en Sagrada Teología.

Por su ciencia, modestia y buenas prendas, fue desde 1709, Capellán de Coro, Maestro de Ceremonias y Cura en la Iglesia Catedral de la ciudad de Panamá.

La Audiencia, el Presidente de ella, el Obispo y los Sábidos Eclesiásticos y Secular lo recomiendan a S.M. el Rey por ser notoria en la ciudad de Panamá la "muchacha prudente, letras y vida estudiosa y recogida".

El día 10 de agosto de 1758 falleció este ilustre coterráneo siendo Arcediano de la Catedral de Panamá.

Estante 69, Cajón 5, Legajo 4, Archivo G. de Indias.

Estante 69, Cajón 5, Legajo 10, Archivo G. de Indias.

Estante 115, Cajón 5, Legajo 8, Archivo G. de Indias.

—oOo—

Fray Francisco Julián de AGUIRRE

En una declaración rendida en la ciudad de Panamá a los 12 días del mes de diciembre de 1752, declara Fray Francisco Julián de Aguirre, que es nativo de ella y que Padre Prior jubilado de la Orden de Nuestra Señora de la Merced. Y para aquilatar más su condición de panameño manifiesta que conoció muy de cerca al Doctor Patricio Joseph y a doña Petra de Espinosa, miembros de una de las linajudas familias de la época, cuando éstos vivían en su casa propia de la calle de Santa Bárbara quemada en el incendio del año de 1737.

Es todo lo que sabemos de este fraile y esperamos que futuras investigaciones nos proporcionen datos más en consonancia con su posición en la época en que los religiosos formaban una casta privilegiada. Estante 69, Cajón 5, Legajo 35, No. 59, Archivo G. de Indias.

—oOo—

Don Ignacio de AGUIRRE Y BILBAO

Nació Ignacio de Aguirre y Bilbao en la ciudad de Panamá el 25 de Agosto de 1741. Fueron sus padres don Manuel de Aguirre y Amézaga, natural del lugar de Menagaray, en la tierra de Ayala, en el antiguo Señorío de Vizcaya y doña Margarita Bernarda Bilbao. Nieto por línea paterna de don Francisco de Aguirre y de doña Casilda de Amézaga y por la materna de don Pedro Bilbao, Caballero de la Orden de Santiago y de doña Francisca de Aguiriano y Arizaga, hermana ésta del doctor Pedro de Aguiriano y Arizaga (cuya biografía salió publicada con el número 2) todos de familias nobles y de calificadas prendas.

Don Manuel de Aguirre y Amézaga, padre de don Ignacio, fue por muchos años Tesorero Oficial Real de las Cajas, en virtud del Real Título de 8 de marzo de 1736.

En atención a las buenas cualidades de don Ignacio el Gobernador de Panamá don Joseph Raon lo nombró en 1º

de septiembre de 1762, cuando tenía 21 años, Alcalde Mayor de las minas y mineros de Páciga, Pequini, Mariprieta y el Darién. Un año más tarde el Ayuntamiento de la ciudad de Panamá le extendió el título de Alcalde del Mar del Sur, cargo que se venía ejerciendo por los Regidores.

Los documentos que nos han servido para hacer esta biografía no dan más datos sobre su posterior actuación en la vida inquieta de aquella época. Estante 126, Cajón 2, Legajo 4, Archivo G. de Indias.

—oOo—

Licenciado Francisco de AHUMADA

El Licenciado Francisco de Ahumada nació en la Villa de Los Santos a mediados del siglo XVII. Era hijo legítimo del Capitán Juan Martín de Ahumada y de doña Gerónima de Villarreal Guerrero. El padre del Licenciado Francisco había servido de 1643 a 1645 en el Presidio de Cartagena de Indias; en 1646 fue Alcalde Ordinario de la Villa de Los Santos y el año de 1648 desempeñaba el cargo de Teniente de la Compañía de a Caballos de la citada villa.

No nos proporciona la información de los méritos y servicios del Licenciado Francisco de Ahumada que tenemos a la vista, los datos sobre sus abuelos paternos, pero nos dice que por parte de su madre lo fueron el Alférez Pedro de Villarreal Guerrero, natural de Almodóvar del Campo, en España, y doña María de Espinosa, de Panamá. Fue don Pedro de Villarreal Guerrero, Regidor Perpetuo, Depositario General, Alcalde Ordinario y por cuatro años Mayordomo de la Iglesia de la Villa de Los Santos, reedificándola a su costa.

En el mes de noviembre del año de 1664 el Licenciado Francisco de Ahumada manifiesta que era a la sazón Presbítero y vivía en la ciudad de Panamá con sus padres.

Consta en los testimonios que en la información figuran que el Licenciado Francisco era considerado como sacerdote virtuoso, de noble ascendencia y de buenas letras.

—oOo—

LOS AIZPURU

El Capitán Juan de Aizpuru, natural del antiguo Señorío de Vizcaya, fue destinado, por sus muchos méritos y por sus excepcionales aptitudes, a prestar sus servicios en los dilatados dominios españoles de la América. A fines del siglo XVII la ciudad de Cartagena de Indias lo recibió en su seno con singular beneplácito. Como formaba parte de una de las castas privilegiadas de la época le fue fácil trabar amistad con las nobles y distinguidas familias de la heroica ciudad.

Don Pedro de Eraso y doña Ana de Chaves pertenecían a una de las principales y linajudas familias de la ciudad de Cartagena en la época colonial. Hija de este matrimonio era doña Francisca de Eraso y Chaves, mujer de muy singular belleza, nacida bajo el sol de esta América bravía. El apuesto Capitán se enamoró locamente de la simpática Francisca, pero estos amores tuvieron el veto de sus padres. La gentileza del Capitán llegó a solicitar repetidas veces la mano de la dama, recibiendo siempre una respuesta negativa a sus pretensiones. Y pudo más el amor; venció la carne y vino al mundo el producto de este romance: Juan Ignacio de Aizpuru.

Para evitar que la mancha tenebrosa e impía del escandaloso hecho cayera sobre tan distinguida y noble familia, el niño a los 15 días de nacido fue llevado por su padre a Portobelo. Le acompañaba como ama de cría la esclava Francisca de Chaves, mulata nacida en Cartagena, al servicio de la familia Eraso-Chaves. El 18 de noviembre de 1681 fue bautizado en Portobelo el niño Juan Ignacio. Meses más tarde pasaban todo a la ciudad de Panamá en cuya nueva residencia el Capitán Juan de Aizpuru contrajo matrimonio con Agustina de Flores, con quien no tuvo hijo alguno. Muerto el Capitán —no sabemos la fecha— su viuda se casó con don Joseph de Ochoa y Arín, Caballero de la Orden de Santiago y Alguacil Mayor de la Real de Audiencia de Panamá.

Juan Ignacio de Aizpuru pasó sus primeros años y luego recibió sus estudios primarios en el Colegio de los Jesuitas de esta ciudad. Todos creían, y él mismo inclusive, que era hijo de la mulata Pancha Chaves y así, cuando en su mayoría de edad quizo servir el cargo de Escribano de Provincia, que le había comprado su padre, se opuso a que tomara posesión el Fiscal del Rey, mientras no probase su calidad de blanco.

Presentados sus testimonios y puesto a prueba su origen, contrajo matrimonio en esta ciudad en el mes de junio de 1710 con doña Francisca Josefa Montero de Espinosa, natural de la ciudad de Panamá, hija legítima del Secretario Juan de Dios Montero. El 21 de mayo de 1720 fue enterrada doña Francisca en el Convento de San José. De esta unión nacieron: doña ANDREA JOSEFA, quien casó con el Escribano Público Joseph Bermúdez; el religioso VALERIANO NICOLAS, sacerdote de singulares méritos en la Compañía de Jesús; MATHEO JOSEPH, Abogado de la Audiencia de Quito y Catedrático en la Universidad de San Gregorio de aquella ciudad y MANUEL JOSEPH, Escribano Público y del Cabildo de la ciudad de Natá.

El 22 de abril de 1722, Juan Ignacio de Aizpuru, se une por los vínculos del matrimonio con doña Petra Montero de Espinosa, hermana de su anterior esposa y tuvieron a ANTONIO que fue presbítero, MICAELA, JOSEFA, BARBARA y FRANCISCO NICOLAS., Escribano de Cámara, Gobierno y Guerra.

En el testamento otorgado en la ciudad de Panamá el 11 de enero de 1738, Juan Ignacio de Aizpuru, hace relación de los hijos habidos en ambos matrimonios que son los que dejamos mencionados. Muere en 1740 a los 57 años de edad.

De estos nueve panameños sólo nos limitaremos a presentar los rasgos biográficos del Escribano FRANCISCO NICOLAS y del Doctor MATHEO JOSEPH DE AIZPURU, por ser ellos los que más méritos tienen, hasta ahora, para ser conocidos.

Estante 69, Cajón 4, Legajo 50, Archivo G. de Indias.— Estante 69, Cajón 4, Legajo 51, Archivo G. de Indias.— Estante 69, Cajón 5, Legajo 34, Número 6, Archivo G. de Indias.— Estante 69, Cajón 5, Legajo 35, Nos. 8, 14, 10, 20, 23, y 29, Archivo G. de Indias.

—oOo—

Francisco Nicolás de AIZPURU

Ya hemos manifestado que fue hijo legítimo de don Juan Ignacio de Aizpuru y de doña Petra Montero Espinosa. En su hogar aprendió las primeras letras y los rudimentos de la primera enseñanza, y luego se dedicó, desde muy joven, a servir a su padre y con él permaneció desde 1726 hasta principios de 1730 en la Escribanía de Provincia, en su calidad de Oficial Mayor.

En el año de 1737 renuncia Juan Ignacio en su hijo Francisco Nicolás el cargo de Escribano de Cámara, Gobierno y Guerra, pero no es sino hasta el año de 1742 cuando el Rey le confirma ese título, conforme a los deseos paternos. Ya antes por Real Cédula fechada en Aranjuez a 18 de abril de 1738, le concede S.M. a Francisco Nicolás el Título y Fiat de Notario de Indias. Contrajo matrimonio el nuevo Notario con su paisana doña María Bernarda del Bosque y González, de distinguida familia de la sociedad panameña.

Años más tarde fue nombrado Juez Mayor de Bienes de Difuntos. Por asuntos relativos a este empleo tuvo varios encuentros con los miembros del Ayuntamiento y con el Gobernador de Panamá.

Por carta escrita en Panamá el 20 de 1746 el Gobernador de Panamá, don Dionisio de Alsedo y Herrera remitió al Rey testimonios para probar los defectos de las condiciones de Francisco Nicolás, más bien con espíritu de venganza de los que integraban el Cabildo, de quien el Gobernador de testafarro, que como cosa necesaria para la comunidad. (Estante 69, Cajón 5, Legajos 17).

En los primeros galeones que salieron de Portobelo partió para España el Escribano Francisco Ignacio y en el año de 1755,

a fines de agosto, vuelve al país satisfecho de haber aplastado a sus enemigos. Un Real Decreto expedido en el Buen Retiro el 24 de agosto de 1755 "PARA QUE SE ARRANQUE Y ROMPA, Y NO PUDIENDO SER, AW VORRE DEL LIBRO DE ACUERDOS DEL AYUNTAMIENTO DE PANAMA UN DENEGRATIVO INFORME CONTRA EL DOCTOR FRANCISCO NICOLAS DE AIZPURU, ESCRIBANO DE CAMARA, GOBIERNO Y GUERRA" y luego la "RELACION DE SUS MERITOS Y SERVICIOS Y LA DE SUS ANTEPASADOS" vienen a dejar satisfecho a este panameño, —digno por todos conceptos de admiración y aprecio,— y a poner en claro su origen español.

Estante 69, Cajón 5, Legajo 35, No. 23, Archivo G. de Indias.

—oOo—

Doctor Matheo Joseph de AIZPURU

Los datos biográficos que esbozamos son de un panameño que le hizo honor a su país fuera de él y gozó en la época colonial de singular fama como hombre de talento.

El doctor Mateho Joseph de Aizpuru nació en esta ciudad el 20 de septiembre de 1717. Hijo legítimo de don Juan Ignacio de Aizpuru y de doña Francisca Montero de Espinosa, a quienes ya hemos mencionado en las dos crónicas anteriores.

Sus primeros estudios los hizo en el Colegio de los Jesuitas de Panamá y terminados éstos fue enviado por su padre a la ciudad de Quito a los catorce años de edad. En el Real Colegio de San Luis se dedicó con la mayor aplicación al estudio de la Gramática y Filosofía y allí logró graduarse de Bachiller y Licenciado.

Pasó al Real Colegio de San Fernando en donde cursó durante cuatro años Cánones y Leyes, precedidos de los actos literarios acostumbrados en la época. Más tarde la Universidad de Santo Tomás le confirió el grado de doctor.

Dio principio a su carrera como Abogado de la Real Audiencia de Quito y en el ejercicio de sus funciones granjeóse las simpatías generales por su celo, consagración, desinterés personal y conducta intachable.

Por sus múltiples méritos y por sus excepcionales condiciones se le confirió la Cátedra de Instituta en la Universidad de San Gregorio en el año de 1746, con el general beneplácito.

Desde 1756 ejerció las funciones de Relator de la mencionada Audiencia de Quito, donde a la par que atendía a los pobres, que era la parte interesada y en su mayoría indígena, se dedicó con ahinco en el estudio y aprendizaje de la lengua de los nativos.

De la "RELACION DE MERITOS Y CIRCUNSTANCIAS DEL DOCTOR DON MATHEO JOSEPH DE AIZPURU" formada en Madrid el 13 de febrero de 1767, tomamos los siguientes párrafos que honran a nuestro paisano:

"Que por su notoria habilidad, claridad y llaneza, y por celo "y desinterés, propendían todos a poner en sus manos las "causas que les ocurrian, prometiéndose feliz éxito, sólo con "tenerle por Patrono".

"Que además de no admitir muchos pleitos, por faltarle tiempo para defenderlos, poseía una natural piedad hacia los "pobres, viudas y desvalidos a quienes tomaba a su cargo "un celo muy particular".

"Que no sólo logra por su conducta, y suficiencia la estimación de los Ministros de la referida Audiencia, sino también la de toda aquella Provincia y que los Jueces y Justicias de las ciudades, villas y lugares de aquella jurisdicción le remiten diferentes pleitos y causas de la mayor arduidad, por asesoria, estando muchos pueblos de estos a la "distancia de doscientas leguas, como son los de las ciudades "de Cali, y Buga en la Gobernación de Popayán".

En el terremoto que padeció la ciudad de Quito en el año de 1755 se cayó la Iglesia de las Monjas de Santa Catalina de Sena. El Dr. Aizpuru en compañía de un hermano suyo empezó a levantarla a su costa y consiguió verla completamente reedificada en el año de 1758, quedando más vistosa que anteriormente.

Casó con una dama noble y natural de Quito, doña Gregoria de Sierra y Pambley, hija de don Nicolás de Sierra, Capitán de Milicias de la ciudad de Quito y de doña Tomasa de Cárdenas, oriundo ambos de España.

Estante 69, Cajón 5, Legajo 35 No. 29. Estante 126, Cajón 2, Legajo 4.

—oOo—

Bachiller Antonio de ALARCON

Nació en la ciudad de Panamá en el año de 1617. Su padre fue el Alguacil Mayor de la Real Audiencia, don Pedro de Alarcón, quien además ejerció las funciones de Alcalde Ordinario de esta ciudad. Desde muy temprana edad su padre lo envió a Lima y en el Colegio Real de San Martín, después de estudiar con ahinco Gramática y Artes, se le dio el título de Bachiller.

A los 26 años de edad tomó los hábitos sacerdotales y de vuelta a su patria sirve durante muchos años el curato de indios de Santo Domingo de Parita.

En carta de Obispo de Panamá, Bernardo de Izaguirre, de 18 de febrero de 1661 para S.M. lo recomienda por su inteligencia y celo en el servicio de la religión, para una prebenda en la Catedral.

Estante 69, Cajón 4, Legajo 32, Archivo G. de Indias.

DEMETRIO KORSI

José Vasconcelos



JOSE VASCONCELOS

Fue en la reunión inicial de la "Asociación de Estudiantes Latino-Americanos" donde oí por primera vez la cálida y persuasiva voz del distinguido pensador mexicano. Allí, en aquel amplio salón de la **rue Danton**, me conmovieron hondamente las frases de este insigne rebelde. Escuchábale una juventud propicia a la acción, ardorosa de entusiasmos. Hablaba el maestro de democracia, de tiranías, de escuelas y tierras para los indios, de repartición de pan y de trabajo y de sudor... Estaba improvisando, improvisando... Su abombada frente victorhuguesa, su color mate, sus gestos fuertes e imponentes, sus incisivos períodos, su oratoria sencilla y brusca, todo me pareció en él natural y sincero.

Terminó el acto. La muchedumbre universitaria, sorbo-nesca, dispersóse. Quedó en el salón un grupo de intelectuales: Francisco y Ventura García Caldern, Zérega Fombona, Hugo Barbagelata de Mesa, Gonzalo Zaldumbide, etc., etc. Me acerqué entonces a ellos. Me presentó a Vasconcelos mi amigo Alfonso Reyes.

Fui a ver a Vasconcelos, al siguiente día, a su casa. Vive en un modesto apartamento de la rue Eugene Delacroix. Me recibió él, personalmente, y me hizo pasar al salón. Me habló de la vida de París, de la carestía de las cosas, de la espléndida acogida que le ha hecho la intelectualidad latino-americana residente en la vieja Lutecia. Me expone su existencia futura en la "banlieu" de la gran babilonia. Esperará que pasen unos meses e irá a Puerto Rico, donde la Universidad le ha invitado para que dicte unas conferencias.

Le pregunto:

—¿Qué piensa de la obra de Teodoro Roosevelt?

Y me contestó:— La obra de Roosevelt me parece admirable desde el punto de vista de los intereses de su raza; supo darse cuenta de la misión de su pueblo y la cumplió bariendo los obstáculos que encontró a su paso. Eso mismo hacen todos los jefes de pueblos cada vez que ello es necesario para el desarrollo de sus potencialidades. Por eso yo creo que nosotros, hispano-americanos, no nos salvaremos si no logramos que el propio desarrollo interno rebase y se

imponga en el mundo. El derecho lo crea la vida y lo anula el crimen. Los caudillos asesinos de nuestra América siempre han preparado el terreno al invasor. y, por otra parte, impidiendo el desarrollo de nuestra vitalidad, nos han entregado fácilmente al desastre. Sólo regimientos de justicia interior y de verdadera libertad política podrán curar nuestros males y, finalmente, salvarnos.

Aquí termina, me mira con sus ojos oscuros, de niño soñador y sonríe, sonríe... pienso que políticos y estadistas siempre salen bien de todos sus apuros con una sonrisa.

Me encarnizo otra vez con Vasconcelos:

—Maestro, ¿cuál opina usted que es el primer poeta de América?

—Hay tantos poetas en nuestro Continente... Algunos de ellos tan exquisitos, tan hondos, tan armoniosos... ¿Cuál, cuál ser el mejor poeta? Tablada?... Díaz Mirón?... Chocano?... Sí tal vez Chocano. Valencia? Tal vez Valencia... Ah, no: el primer poeta de América, es... una mujer: es Gabriela Mistral... Sí, Gabriela Mistral. Ponga eso.

Le hago dos interrogaciones. Vasconcelos no las quiere contestar. Son comprometedoras, aún cuando no soy empleado de ningún gobierno.

Y le pregunto:

—¿Cree usted que en Amé-

rica existen en la actualidad algunos despotismo?

—No hay duda. Son varios. Creo que no hay libertades políticas, ni libertad electoral, ni justicia social, en México, donde la situación depende de la fuerza militar de caudillos sin ilustración; en Venezuela donde perdura una tiranía abominable y en el Perú, donde no hay más ley que la voluntad de Augusto Leguía.

A mi vez, sonrío... con la sonrisa de los periodistas satisfechos de las respuestas de los entrevistados.

Hago una última interrogación:

—¿Piensa usted que algún día los Estados Unidos intentarán convertir a la actual República de Panamá en una colonia, como lo es Puerto Rico?

—No lo creo. Los Estados Unidos han obtenido ya de Panamá todo lo que necesitaban y no creo que pretendan obtener mayores ventajas, mientras Panamá conserve esa dignidad que sólo pueden mostrar los países que se saben dar gobiernos honestos. La opinión pública ibero-americana debe estar alerta para la

defensa moral de Panamá. Para darnos cuenta de lo que puede lograr un boicoteaje bien organizado, habría que estudiar los efectos de los métodos de Ghandi. Según parece el resultado de una defensa que se hubiera dicho quimérica, ha sido, está siendo abrumador para los opresores. La Liga Iberoamericana no tiene pues, nada de teórica; es una necesidad y un gran elemento de poder.

Termino aquí mi labor periodística. Tengo que partir aprisa: recuerdo que antes de dos horas debo tomar el tren para una corta excursión por Normandía. Vasconcelos me acompaña hasta el pasillo, me estrecha con fuerza la mano y me dice:

—Le invito a cenar para cuando regrese por París.

Salgo a la calle, apresuradamente. Tomo un taxi. Minutos después atravesaba la cinta luminosa de los Campos Elíseos. La noche descendía, helada y negra. Por entre los árboles desnudos de hojas, esqueléticos, fulgían mortecinamente las estrellas moribundas del cielo de París. París, 1926.

Elogio
de
la
Sombra



En 1960.

Al filo de una inquietud septuagenaria, al apoderamiento gradual de la ceguera, se debe la eclosión del último poemario de Jorge Luis Borges. He aquí cristalizada otra de las interminables ironías del destino: hoy por hoy, el más leído y traducido de los autores latinoamericanos contemporáneos es un ciego. Y es que — al trasluz de cada verso dictado — se asila un como tácito comentario de penumbra al interior de la cual este Milton argentino exorna su propio e insuperable **Paradise Lost**.

En la página 33 de **La expresión americana**, Lezama Lima propuso — con ínfulas de gravedad — una definición del barroco. Fuerza es corroborar que Borges comprendió y santificó cierta suer-

te de barroquismos anteriormente al cósmico cubano. Recargada, descomunal, estrambótica, libresca, su obra no hubiere alcanzado el beneplácito que la circunscribe si el autor hubiese prescindido del arabesco rococó de sus conceptos. Empero, su mala vista, la desesperación de su senectud, sus cátedras de alemán o de literatura, sus periplos a guisa de "visiting professor" en los claustros de Harvard, la dicha de sus nupcias tardías, han mutado el excepcional, el ubicuo Borges de los años treinta en una psicología más abordable, es decir, desprovista de mayores frialdades y laberintos.

Huelga insistir que le faltaba intimidación a la trayectoria poética de Borges. Si, en sus mocedades — y posteriormen-

te — Neruda demostró fluidez en el campo de la indagación amorosa, fue — por el contrario — Borges un enamorado mudo, salvo la inserción de dos puritanas confidencias sugeridas a través del volumen que constituía su producción lírica hacia 1967.

Agonizaba el año pasado cuando una dedicatoria consagrada a Leonor Acevedo de Borges — la autora de sus días — eclipsó esa nube de familiar indiferencia a la que estaba adherida la lógica borgiana. Frisa Doña Leonor con los 95 años. Merced a su inquebrantable solicitud — la madre de Borges le ha copiado todos sus libros a partir de 1955; le ha leído pacientemente lo que los ojos sin luz del hijo hubieron de solicitar — Borges ha logrado resolver los obstáculos que la pérdida de la vista comúnmente comporta.

Es evidente que **Elogio de la Sombra** marca una etapa insustituible en la pléyade de lucubraciones debidas a la pluma del insigne hombre de letras. Allí nace el diálogo con Elsa — su esposa desde 1967 — con quien ha descubierto la “frescura” de un “primer amor” a la edad de setenta años (tal como lo declaró, con ocasión de una entrevista para la televisión parasiense, en un francés gramaticalmente impecable). En virtud de singular coincidencia, el nombre de Elsa pareciera prolongar la claridad de Elsa Triolet, amada y compañera de Louis Aragon — el surrealista — quien hizo de

esa mujer el símbolo de Francia — durante los años aciagos de la segunda conflagración mundial — en la poesía de los **Yeux d'Elsa**, del **Roman inachevé** y del **Fou d'Elsa**.

De modo que, al referirse Borges al ser amado, las imágenes cobran una originalidad y un ímpetu endemoniadamente raros en su producción reciente. Así, los dos versos — que culminan el segundo terceto de un soneto asaz autobiográfico (p. 27) — finalizan de la siguiente manera:

Elsa, en mi mano está tu mano. Vemos
En el aire la nieve y la queremos.

Haciendo abstracción de la temática del mutuo reconocimiento conyugal, acentúa el quinto libro de versos de Borges esa propensión innata — al interior de su hacedor — que consiste en magnificar los viajes. “Voyager c'est apprendre, c'est etre autre chose que soi-meme”, sustentaba el kafiiano Louis-Ferdinand Céline en algún capítulo de su **Voyage au bout de la nuit**. Periplos que lo alejan o que le patentizan infaliblemente la “eternidad” del Buenos Aires natal (p. 127-129). Viajes de rutina, viajes de docencia, emprendidos anualmente a fin de dictar — en el seno de parainfos norteamericanos — sus inimitables lecciones de literatura argentina, las cuales se explayan y cobijan imprevisibles comentarios en torno al arte persa, a las reconditeces de la zoología, al concepto egipcio de resurrección, a los tangos de Gardel, al sueño, a las sutilezas de Leibniz,

a sus años de bachillerato helvético en la Ginebra breve que la primera guerra mundial respetó, en suma, a las peripecias de la pedagogía y del ocio.

En el movimiento de su reminiscencia, **New England, 1967** (p. 31) elucida la languidez del viajero que percibe el extrañamiento de una tierra foránea:

Pronto (nos dicen) llegará la nieve
y América me espera en cada esquina,
pero siento en la tarde que declina
el hoy tan lento y el ayer tan breve.
Buenos Aires, yo sigo caminando
por tus esquinas, sin porqué ni cuándo.

Consecutivamente, **The unending Gift** (p. 39) no vacila en refrendar el pavor metafísico que la más baladí de las defunciones suscitaría. Nos enfrentamos con el taumaturgo y arquitecto de la **Historia Universal de la Infamia**, en cuyos relatos neo-policiales tanto aventureros como mandarines del siglo XVIII vanse agostando mortalmente a vuelo de pensamiento.

Mientras tanto, el Borges del poema *Las Cosas* (p. 69) se asemejaría — **nemine discrepante** — a un cultor del **nouveau roman**, por cuanto suele adoptar — acaso movido por su lúcida ingenuidad — técnicas de enfoque parangonables con las elásticas enumeraciones de Alain Robbe-Grillet o con el clausurado universo ontológico de Michel Butor y Nathalie Sarraute:

.....Cuántas cosas,
Limas, umbrales, atlas, copas, clavos,
Nos sirven como tácticos esclavos,
Ciegas y extrañamente sigilosas!
Durarán más allá de nuestro olvido;
No sabrán nunca que nos hemos ido.

Una parodia del pesimismo de un persa — Omar Khayyam — a quien Jorge Borges, progenitor del ilustre escritor, objeto de esta crónica, castellanizara otrora, inspira el contenido del poema **Rubáiyát** (p. 73-74). Es notoria, en efecto, alguna influencia — hasta morfológicamente — de la endecha oriental en los versos de la segunda estrofa:

Torne a afirmar que el fuego es la
ceniza,
La carne el polvo, el río la huidiza
Imagen de tu vida y de mi vida
Que lentamente se nos va de prisa.

De los difusos textos en prosa que se contemplan en el opúsculo de Borges, uno — en especial — llamaría la atención de inmediato. Se intitula **Pedro Salvadores** (p. 77-79), y es la historia sucinta de un argentino decimo-nónico que — estigmatizado por el bando político del dictador Rosas a partir de 1842 — “vivió nueve años en un sótano”. No resistimos la tentación de comparar el susodicho relato con la nerviosa trama que diera lustre a la **Verwandlung** de Franz Kafka, obra traducida por Borges y de su personal predilección.

Curiosamente, entroniza y celebra Jorge Luis Borges la victoria bélica que Israel obtuvo en el ardiente junio de

1967. No es la guerra **per se** ni la polemología que cautivan su entendimiento. De la composición nombrada **Israel**,

1969 (p. 119-120) extraemos la frase más flagrante y avasalladora:

..... La más antigua de las naciones
es también la más joven.

De esta cita se desprende una comprobación: a Borges le conmueve Israel no tanto por sus batallas aéreas cuanto por haber sido pilar preponderante de la cultura occidental.

Ahora bien, aun cuando se perennice la "inocencia" de los gauchos quienes morían por la "invitación de un peli-

gro", por una "ira" (p. 99-100) o se perciba cierto retorno del autor a las austeridades del verso folclórico argentino, a lo largo de la **Milonga de Manuel Flores** (p. 107-109) y la **Milonga de Calandria** (p. 111-112), Borges padece hondamente en razón de sus limitaciones ópticas las cuales poetiza en **El Guardián de los Libros** (p. 95-96):

En mis ojos no hay días. Los anaqueles
Están muy altos y no los alcanzan mis años.
Leguas de polvo y sueño cercan la torre.

Borges, pues, intuye su muerte. Y traza hirientes paralelos con la trayectoria vital del ir-

landés James Joyce. La **Invo-**
cación a Joyce (p. 115-116)
homenajea el pretérito ya que:

Fuimos el imagismo, el cubismo,
los conventículos y sectas
que las crédulas universidades veneran.

Clausura el volumen un poema, **Elogio de la Sombra** (p. 115-156), quizás el más

estupendo de toda la vendimia borgiana. Entre otras cogitaciones, enuncia:

Vivo entre formas luminosas y vagas
que no son aún la tiniebla.

.....
Siempre en mi vida fueron demasiadas las cosas;
Demócrito de Abdera se arrancó los ojos para pensar;
el tiempo ha sido mi Demócrito.
Esta penumbra es lenta y no duele;
fluye por un manso declive
y se parece a la eternidad.
Mis amigos no tienen cara,
las mujeres son lo que fueron hace ya tantos años,

las esquinas pueden ser otras,
no hay letras en las páginas de los libros.
Todo esto debería atemorizarme,
pero es una dulzura, un regreso.

.....
Llego a mi centro,
a mi álgebra y mi clave,
a mi espejo.
Pronto sabré quién soy.

En 1934, un poema en inglés, debido a la pluma de Jorge Luis Borges, que se inicia con las palabras **What can I hold you with?**, habría de

profetizar la filosófica melancolía de su quinto libro de versos en la medida en que constituía una ofrenda de opacidades:

I can give you my loneliness, my darkness,
(the hunger of my heart;
I am trying to bribe you with uncertainty,
(with danger, with defeat.

La paginación que este ensayo produjo, a propósito del libro **Elogio de la Sombra**, obedece al texto de la primera edición que realizara la Colección Piragua — con denuedo — hacia diciembre de 1969.

A título suplementario, cabe observar que Borges es uno de los plausibles y más ciertos candidatos al Premio Nobel de Literatura del año en curso. Pese a los contratiempos de su ceguera — prescindiendo de la cual quizás no hubiese creado los divertimentos que ahora atisbamos — Jorge Luis Borges sigue produciendo, dictando seminarios, dirigiendo la Biblioteca Nacional Argentina con sede en

Buenos Aires, aprendiendo la absconditez del léxico celta, y tratando — ante todo — de ser “an ordinary man”.

Manifestamos nuestra inquietud y ofuscación al constatar que las diez principales librerías de la capital no disponen, en efecto, de las más comentadas obras del escritor bonarense y que, además, **Elogio de la Sombra** brilla por su ausencia en los anaqueles de éstas. Semejante postura nos sume en una atmósfera muy siglo XVIII de anacronismo e insularidad cultural, taras que sería menester erradicar de nuestro modus vivendi.

Alfredo Figueroa Navarro
Panamá, agosto de 1970.



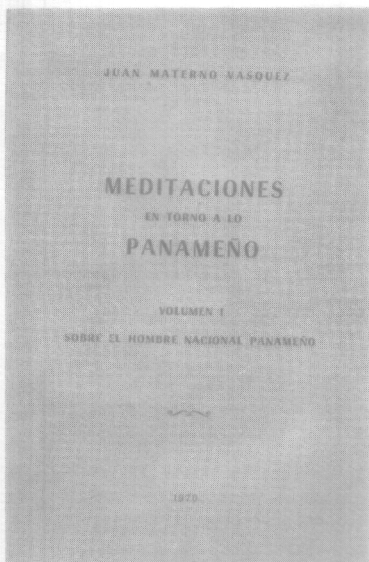
BERMUDEZ, RICARDO J.— *Con la llave en el suelo*. Primer Premio de Poesía del Concurso Literario Ricardo Miró de 1961. Panamá. Industrial Gráfica, S.A. Ediciones de la Dirección Nacional de Cultura.

Con la llave en el suelo, obra que obtuvo el Primer Premio de Poesía en el Concurso Miró de 1961, del escritor RICARDO J. BERMUDEZ, ha sido editado por la Dirección Nacional de Cultura, en una edición de 1500 ejemplares. Bermúdez, Decano de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Panamá, ha publicado: *Poemas de Ausencia* (1937); *Elegía a Adolfo Hitler* (1941); *Adán Liberado* (1942); *Laurel de Ceniza* (1952); *Cuando la isla era doncella* (1961). “De Bermúdez, dice Elsie Alvarado de Ricord lo siguiente: En la historia de la literatura panameña la obra de Bermúdez se destaca por su excelencia y perfección, y en tal aspecto supera casi toda la obra poética anterior: es una culminación de las virtudes expresivas, porque su belleza abreva en fuentes clásicas escogidas en cuanto a la métrica; añade las conquistas del Modernismo sin incurrir en su afectación; incorpora los procedimientos poéticos novísimos, y ello con tal capacidad selectiva, con tal exquisitez, que todo tema queda expresado con impecable pulcritud”.

VASQUEZ, Juan Materno: *MEDITACIONES EN TORNO A LO PANAMEÑO*.

Volumen I. Sobre el Hombre Nacional Panameño. Impreso en los Talleres Tipográficos de Antonio Lehman. San José, Costa Rica, C. A. 103 pp.

¿Qué somos los panameños? Esta es la pregunta que preocupa al Lic. Juan Materno Vásquez. En este libro suyo intenta presentar una propeutética para el análisis de la panameñidad. Conocedor del Derecho, es un preocupado estudioso de la problemática filosófica. Sus inquietudes le llevan a meditar en torno a la esencia de lo que el hombre-de-Panamá es, a través de su proceso evolutivo en el devenir histórico y del examen de la ideología istmeña.





RIVERA, PEDRO.— *Peccata Minuta*, Primer Premio de Cuentos del Concurso Literario Ricardo Miró, de 1969. Panamá. Industrial Gráfica, S.A. 1970. 120 págs. + 2 págs.

Acaba de ser editado otro Premio Miró, por la DIRECCION NACIONAL DE CULTURA. Esta vez es el libro PECCATA MINUTA, de Pedro Rivera, autor de varios libros de

poesía, entre los que se cuentan: *Mayo en el Tiempo*; *Panamá, incendio de sollozo*; *Las voces del dolor que trajo el alba*; *Despedida del Hombre*, ésta última, Mención de Honor del Concurso Literario Miró. Rivera hizo estudios secundarios en el Instituto Nacional, estudios fragmentarios en la *Universidad de Rosario* (Argentina), en la *Universidad de Chile* y en la *Universidad de Panamá*. Perteneció al Grupo Literario Gaspar Octavio Hernández y dirigió, por varios años, el Grupo Columna Cultural. *Los pájaros regresan de la niebla* obtuvo también el Primer Premio de Cuentos del Concurso Miró de 1969 está compuesto de 13 cuentos donde “el drama de ser que presenta Pedro es precisamente así: hecho en condensación, instantaneidad, compacidad emocional y estética”, lo cual constituye “punto de unión de allegamiento entre la poesía y el cuento de nuestro joven escritor panameño”. Escribe Gloria Guardia de Alfaro, además, que Pedro Rivera ubica al hombre por encima de tierra determinada y lo presenta en su agonía de ser finito.

La edición de este libro es de 1500 ejemplares.

roberto luzcando

PARA IR CON EL VIENTO

CANTO I

*Como un pez la muere,
se diría,
al pie de los rosados coralígenos,
largamente en acecho
como espada en el agua
o afilado espectro de la luna.*

*Con voraces carnadas submarinas
a tu paso sorprendido,
¿cómo no hallarte de pronto
entre la sal quebrada
en las aletas de los peces
o bajo arbustos secuaces,
isla adentro,
padre mío, caballero ensimismado
en lóbrega armadura de dolor?*

*Estás aquí presente
a proa de la tristeza,
y me sales,
y así te reconozco
en la imagen tuya del espejo
que me mira con ojos paternales,
o en las sinuosidades de mi mano
que te escribe a la deriva
y te busca bajo el océano,
hollando promontorios,
derribando atunes centinelas,
entre la espesa bruma del plancton,
tocado por amargas gotas de silencio,
y como un duro rompehielos de la muerte
atraco a nuro verso,
a remo duro,
y al oír el vuelo de las albas gaviotas
siento como si hallara la boya de tu voz
o la sombra inasible
de la cosa terrible que pregunto
en cada gruta constelada de líquenes
verdes como el secreto del agua:*

*¿dónde tus ropas de flébiles detritus,
deshilachada en las corrientes hondas
remolcadas por el yodo,
ancladas bajo los arrecifes
a babor del olvido,
entre el agudo asombro de los peces
que rondan el enigma amarillo de tus huesos,
clavados en la arena movediza de los siglos?*

*Pero el marino viento es obstinado
y nada dice,
y todo es igual a una caña de pescar
que estuviese en las manos
de un Dios que nadie y todos temen,
y que de pronto trajera en el anzuelo
heridas vestiduras de otro Dios
y se dijese
que el hombre es sólo hueso
en el fondo de la arcilla,
que la muerte es sólo muerte
en el fondo de los hombres,
o pez bajo las tibias
saviias oceánicas.*

CANTO II

*La bajamar recae y desmenuza
las cardúmenes perdidos en las profundidades
y de ellos, como de una mortal Afrodita,
la espuma se levanta en la cresta de la ola
como casto mástil del océano hundido,
o músculo de vidrio y de sargazo.*

*Tuve al fin —y me costó la muerte—
que encontrarte en mis letras
rodeadas de pelicanos
los mismos que aprendieron de memoria
el altivo enigma de tu viaje,
el eco de tu voz transformándose en agua,
o que asieron tu mano inútilmente
cuando cortaba el mar,
ya como un pez
o una despedida.*

*Padre viejo,
que anctaste en tus sienas
el pasc de los equinoccios,
¿dónde tu bergantín,
a cuántos pasos del origen,
bajo qué hoscos archipiélagos
los pulpos te han prestado
sus grandes escafandras,
su tinta pavorosa. . . ?*

*Amarrado a mis venas,
buzo eres sin saberlo,
arrastrado por atónitos hipocampos,
flotando entre aguas,
como un faro sumergido
que los peces se llevaran
más abajo, a las madrigueras de los benthos,
junto a los volcanes que amordaza el aguamar.*

*¿En qué punto del piélagos infinito,
desde cuál acuática planicie
lanzado fuiste al flujo borrascoso
con tu dolor atado a la camisa?*

*Padre viejo:
interrogo a los cuervos marinos
y al oculto lugar del desove
transportado soy,
y te conjuro,
y sólo encuentro furia contenida*

*de maremoto en ciérne,
y untado del polen,
como un Neptuno prodigioso,
desciendo hasta tus partes disgregadas
por los absconditos seres del submar
y me recojo en mi dolor como un molusco,
como una gota de lluvia
rescatada del incendio marino
por los desvelados veleros de las nubes.*

C A N T O I I I

*Altamar incontrolable,
maratón de la espuma
sobre la inmensidad pelágica:
¿qué erosión no tangible
limpió su rostro hasta la sal del hueso
y derribó con golpe sabio
la estrella febricitante
que ancló el firmamento
en el fondo cristalino?*

*Altamar incontrolable,
mar viejo de la ola arrugada
y el parche de pirata
cuando tramas los naufragios:
háblame de mi padre viejo como tú,
que esperaba en los deltas
la llegada de los buenos salmones:
hazlo por su flor que desde las islas
llover veía el salitre destructor,
hazlo por su llanto ileso, sin embargo,
por los mastines del remordimiento,
por el viento hijo tuyo,
familia mía, del pez y de la muerte.*

*Altamar incontrolable,
registra tus bahías,
arresta tus cangrejos,
y tus mareas más ciegas
que azoten las espaldas de la luna
para que a flote salga
el ahogado que quiero.*

*Altamar que durante la tiniebla más tardía
desembarcas entre ocultos escollos
los náufragos perdidos que bajan del zodiaco:
haz que a la serena luz
de las actinias y las estrellamares,
en redondas mesas de medusas.
hable este concilio de negros secuaces
que se esconden en la paz de las ostras
y huyen como pólipos en las colas del miedo,
después de asesinar el día por la espalda.*

*Dame su cuerpo constelado de escamas,
su varonil muerte que enredaron en las gavias
de los buques hundidos,
en cuyos comarotes los fantasmas submarinos
cantan en coro y beben hidromel maligno
bajo el cuarto menguante,
y martillan su cuerpo exhausto ya de sombra,
hasta darle la absurda forma de las conchanácares
o la vana belleza de los varecs dormidos.*

CANTO IV

*Recostado al pujamen de la vela
—cuerpo cubierto de escamas—
ya eres pez
como la muerte.*

*Y durmiendo tu muerte te encontré
en la tranquila dársena del tiempo destruido
y fui de nuevo niño, capitán de mí,
y fui de nuevo cómplice de tu soledad.*

*Mientras empuja el viento la cangreja
hasta llevarme a ti, extrañamente,
sé que me buscaban los sextantes de tus ojos
en la grisazul distancia prometida.*

*Y ahora, ¡oh secuestrado por la espuma!,
cuando la muerte como puente levadizo
sobre el océano tendido a duras penas,
al abordaje va rompiendo guardavelas,
y te hace marinero perdido,
cadáver de la noche o estatua del silencio,
tarde llego a tus aguas,
tarde mi periscopio
sube a buscar tu triste amor humano,
ya vigilado por los calamares
en hondos calabozos de carey.*

*Y por las arenosas latitudes del submarino cielo
aumento gota a gota la amargura del agua
y me acerco al mismo borde de tu muerte,
a las propias guaridas de la luna llena,
donde se oye el murmullo de las agallas verdes
de la noche marina hilando tempestades.*

CANTO V

*Desde los manglares te siguió la muerte
como un viejo marino a quien algo le debieras
y te sembró señuelos en los pasos:
signos de peces, rémoras de olvido.*

*Ya te esperaban, padre, en el submar,
te aguardaban a pleno mediodía
los gemelos malignos del zodiaco
que flecharon tu muerte presentida.*

*Ya te aguardaba entre caracoles,
el maleficio turbio de la muerte
y bajaste con lápices de plomo
a escribir leyendas bajo el agua.
Por eso, buzo perdido, lámpara del fondo,
levanta los ventalles de tu yelmo
y mírame sin muerte desde el final del océano,
desde tu verde cabina donde guías los cardúmenes
y conmueves, a pulso, las honduras
como un triste almirante
aprimionado entre las algas.*

CANTO V

*Desde los manglares te siguió la muerte
como un viejo marino a quien algo le debieras
y te sembró señuelos en los pasos:
signos de peces, rémoras de olvido.*

*Ya te esperaban, padre, en el submar,
te aguardaban a pleno mediodía
los gemelos malignos del zodiaco
que flecharon tu muerte presentida.*

*Ya te aguardaba entre caracoles,
el maleficio turbio de la muerte
y bajaste con lápices de plomo
a escribir leyendas bajo el agua.
Por eso, buzo perdido, lámpara del fondo,
levanta los ventalles de tu yelmo
y mirame sin muerte desde el final del océano,
desde tu verde cabina donde guías los cardúmenes
y conmueves, a pulso, las honduras
como un triste almirante
aprisionado entre las algas.*

CANTO VI

*Glóbulos de aire, a flote lento,
ascienden y estallan en silencio
al tocar las tortugas que patrullan el fondo
como tanques oceánicos o lentos guardacostas
de amuralladas conchas verdeclaro.*

*Ultimo oxígeno que escaló las aguas
burbujas que evaporan tu cuerpo
conquistado por el agua y el bromuro,
¡oh nauta destruido, comodoro silente!
En la playa poblada de algazules,
por los arenados túneles cangrejeros,
rueda el eco de tu varonía:
palabras que archivó el silencio
en el frasco turbio de tanta lejanía
que llegaba y se iba a paso de pleamar,
a través del claroscuro de los días
y por los ojos de las claraboyas
de los buques unclados en la rada.*

*He ahí los artilugios de la noche:
en su pálida cantera de meteoros
estrenaste la mano y la mirada,
miñero del dolor*

*que contabas las estrellas fugaces
y pensabas en mí, con el clima humano
que tu muerte ha dejado sobre cubierta,
como un fardo de sombras
o un haz de soledades.*

*Oigo la cadena por el escobén
echarse a pique y contener la nave.*

*Oigo el crudo mar que ha invadido
los dominios del aire con sus hueses amargas.*

*Oigo, padre, tu rapto por la ola,
siento la atmósfera de tu desconsuelo
y estallo en los rayos y retumbo en los truenos,
y bajo al sanctasanctórum de la muerte,
a las profundidades de basalto y ostra,
y cuento las goletas y los huesos
como tú contabas los astros en mi nombre,
y te mueres de nuevo, frente a mí,
entre flotillas de tiburones,
y pasas a las eternidades de las jibias
y de los viejos ictiosaurios
del océano malherido,
abajo, en los profundos volcanes
también ahogados,
donde el mar es gota concentrada,
átomo de tiniebla amarga,
o cadáver de gaviota
a orillas de las anclas.*

enrique jaramillo levi

SUEÑO COMPARTIDO

Supo que soñaba. Era grato. Por eso no trató de despertarse. Quería disfrutar cada instante, grabarse para siempre cada imagen. Sabía que no se repetirían.

Le habían dicho que sólo soñaría una vez en la vida. Fue la noche en que le leyeron la palma en el cumpleaños de su prima. Noche inolvidable aquella por la insólita esperanza que de pronto se presentaba. Nunca había creído en esas cosas. Le parecían absurdos trucos de gitanos. Pero por qué no pasar el rato, podía resultar divertido.

Todo se había cumplido al pie de la letra después de aquella noche. Nevaba al salir de la fiesta como se lo habían advertido. En los trópicos sólo se podía abrir la boca y tragar ondas de calor. Como un chiquillo se fue saltando entre la nieve acumulada por horas, gozando el toque suave de los cupos sobre el rostro, inhalando grandes sorbos de frío trasnochado.

A la semana le escribieron de Panamá felicitándolo. En el sobre venía un hermoso giro postal. Se había ganado la lotería. Nada menos que el primer premio. Como se lo habían predicho.

No tardó su vecina en insinuarle que le gustaría ser su novia. No estaba mal la gringuita. Tenía unos preciosos ojos verdes y un cuerpo de lo más delicado. Y era inteligente. Es-

tudiaba matemáticas en la Universidad. Además tenía carro. Y una manera de cocinar que abría el apetito sin que se tuviera hambre. Pasaron tres meses y una mañana la chica le informó que la noche anterior se habían casado. En el dedo se vio puesto un anillo de oro. También la boda inesperada le había sido anunciada.

La vida de casado se hizo pronto rutinaria. Ya no le parecía tan hermosa la gringuita. Comenzó a frecuentar nuevas amistades femeninas. Iban mal los estudios. Amenazaban con quitarle la beca. Practicando lucha un día le quebraron un brazo. Por no cuidarse del frío pescó al mes una pulmonía. Irremediablemente se fueron sucediendo toda clase de percances menores. Hacía tiempo había adoptado como dogma de fe una dependencia absoluta a la suerte (o falta de ella) que conocía por anticipado. Sólo faltaba por cumplirse lo del sueño. Después que lo tuviera dejaba de conocer el futuro. La espera fue larga, tormentosa.

Tras miles de miles de noches vacías e intemporales, había llegado ahora a la dimensión añorada. Soñaba. Estaba soñando. Un sueño real, absurdamente real en lo que de sueño tenía, le llenaba como jamás antes la cabeza. Y lo más extraño: se sabía soñando; podía optar por despertar o no despertarse.

Era como si fueran dos personas. Una dorma y soñaba. La otra se miraba soñar y dormir. Boca arriba sobre el lecho sonreía satisfecho. La sábana colgaba a un lado, extendiéndose sobre el piso de madera. El cuarto estaba oscuro. Sólo se filtraba una tenue luz por la ventana. No alcanzaba a ver afuera. Pero debía ser la luna.

Soñarás un sueño compartido, le había anunciado aquella rara mujer de la fiesta. ¿Cómo compartido?, preguntó él. Sí, efectivamente, subrayó ella clavándole aquellos ojos de lechuzca soñolienta a su palma suspendida delante de todos, otro ser estará soñando el mismo sueño al mismo tiempo. Una sola advertencia, añadió con voz de graznido en el silencio poblado de curiosas esperas, no debes ser egoísta si quieres que te dure. Luego les dio la espalda y se fue caminando hacia la puerta, muy tiesa, como tratando de no mover las caderas aplastadas.

El siempre se fijaba cuando le pasaban por delante aquellas chicas en mini-faldas deliciosas. Pero a ésta no se le movían ni un poquito. Casi parecía que no tuviera caderas. O que en su lugar hubiera una plancha extrañamente amorfa en sus contornos. Y la veía alejarse como atraída por un imán que la llamara desde la puerta. Y nunca parecía llegar. Alguien se interpuso entonces un instante. Ya no la vio al mirar de nuevo. Los otros bailaban ya o conversaban en pequeños grupos. En el aire había una mezcla de tabaco corriente y marihuana. Resultaba difícil determinar de qué rincón salían los efluvios vagos. Por un momento se fue adormeciendo. De pronto bailaba con una peliroja. Alguien dio aviso a la policía. Allanaron el lugar a viva fuerza. Pero él ya se perdía dando tumbos en la noche blanca y fría de Iowa City.

Se concentró en escrutar su sueño. Era maravilloso ser actor y espectador a un mismo tiempo. Al principio vio moverse sólo siluetas en un ámbito color naranja para él desconocido. Poco a poco fueron saliendo de entre capas superpuestas de espesa niebla. Los rostros adquirieron facciones familiares. Eran sus padres, sus hermanos, el abuelo y una tía. Parecían buscar algo. Los ojos se le iban por vericuetos en tinieblas. Avanzaban desde un fondo de mar y espuma. Sobre ellos volaban legiones de insectos despavoridos. Se detuvieron. Formaron un círculo. Dieron vueltas y más vueltas entonando himnos. Al detenerse bruscamente sintieron que la tierra se sacudía. La grieta que fue rajándolo todo bajo sus pies los espantó rumbo al mar. Llovió insectos. Oleadas salvajes llenaron los abismos. A lo lejos se oyeron como gritos. Salió la luna. A su lado apareció una escalera interminable. Hicieron contacto. Lentamente bajaba una silueta. La luna empezó a derretirse. Fragmentos alargados se desprendieron sin tocar aquella figura desdibujaba que llegaba ya a tierra. No quedaba luna. Apenas se asentó aquella planta descalza sobre un retazo de tierra que aún permanecía intacto, éste se deshizo. Sin prisa, la silueta se volteó hacia el hombre que soñaba aquella visión agonizante. Lo vio tendido soñando sobre el lecho. También él mismo se vio mirado por la silueta. Y supo que había engendrado a la Muerte.

La veía acercársele flotando sobre abismos. No tenía pestañas ni cejas. Una gran boca se abrió como queriendo tragarlo. De los ojos cavernosos manaban lágrimas de azufre. Al reventar contra las grietas, de aquel líquido ardiente nacían explosiones de gusanos que se devoraban entre sí.

No pudo impedir que aquella cosa que lo buscaba atravesara sin esfuerzo el sueño. La vio parársele al lado al otro él que dormía. Tenía ahora forma de mujer. Lentamente se fue tendiendo a lo largo del cuerpo sobre el lecho. Durmiendo aún se vio alzar los brazos y rodearle la cintura. Sentía como a distancia en sus palmas el contacto duro de aquellas caderas. Se quemó las manos tratando de darles suavidad y contorno. Era ella, no cabía duda. La que le había leído la palma. El escalofrío fundió en uno al que dormía y al que se miraba dormir y soñar. Un viento se coló por la ventana trayendo ráfagas de blancos copos. En un momento sin tiempo creció la nieve alrededor del lecho. **La mujer se fue cayendo a pedazos al contacto con el frío.**

Iowa City, enero, 1970.

EL MURAL

Venían atravesando la niebla, en ese lugar entre la sierra y el bajo que era como un puente de tierra húmeda. La india enferma, en parihuelas, y los cuatro indígenas descalzos, con grandes manos empuñaban las esquinas de la improvisada camilla.

El frío se adhería a sus cuerpos semidesnudos como una escarcha perversa. Andaban cuán rápido podían, en esa carrera por llegar al pueblo antes que la muerte llegara al corazón de la enferma. La hierba húmeda sonaba apagadamente al ser aplastada por aquellos pies de dedos abiertos como manos. Los cuatro indígenas eran altos, de raza dorasque —antiguos gigantes de bronce— y de largos cabellos. La enferma, casi tan larga como los palos de la camilla, era un ancho hueso humano con adherencias de piel; momia detenida entre la vida y la muerte.

Al llegar al bajo el frío se hizo constante como el de una heladera. Ellos apretaron el paso para atravesar esa larga franja territorial pensando en la mujer que cargaban y en su pergamino de piel que muy poco podría defender los huesos de las navajas del viento alevoso de las madrugadas.

Habían partido desde Telka — caserío indígena en la Sierra del Tabasará — hacía una luna de distancia. Debían llegar a San Félix esa mañana. Cinco días atrás habían llevado la abuela enferma ante Mano Tute.

— Madre Vieja muy mala

— Se apaga

— Indios quieren tú salves

— Pagaremos

Mano Tute, el cholo de las costas santeñas que había muerto en una inundación — al decir de las gentes, (en Tonosí) — y revivido entre los últimos doraces de Telka, escuchó los cuatro semitonos de aquel castellano telegráfico y torpe que los indígenas — nietos del cadáver viviente que le mostraban — y dijo con ceño fruncido: — Con sólo mirajle lo' ojoj se que ná' pue'o jacé'.

Los nietos pensativos de Madre Vieja miraban sin mirar, como estatuas de carne incorruptible, la boca desdentada del curandero. Este, como hacer algo, posó su mano pequeña en la frente extensa de la indígena.

— J6! tá' muy mala. Llévela al pueblo. El dotol sabrá qué jacerle. Mi sapiencia no llega al tanto.

Ahora, ellos oían las campanadas, que sonaban en San Félix y rebotaban en las cejas del monte.

La hostia anaranjada, con vetas rojas, del sol anémico de aquellos parajes apareció de golpe ante sus ojos milenarios.

Al desembocar en la única calle del pueblo pasó un campesino a caballo. Como no desvió la bestia, ellos se echaron a un lado y el golpe de los cascos sobre la tierra húmeda tatuó de lunares el rostro ceniciento de la enferma. Los ojos de los nietos de Madre Vieja miraron unánimemente hacia las ancas del caballo que se perdió doblando el recodo del camino.

Al hombre que iba montando ni siquiera lo miraron. No hubo brillo de indignación en su ojos, ni de sorpresa. El que cargaba la punta del palo de la parihuela que estaba más cercano al lado inerte de la agotada calavera de la Madre Vieja cambió lentamente una mano por la otra y con la que le quedó libre limpió las lentejuelas de barro. Quedaron lunares pálidos en el rostro de la abuela.

A medida que pasaban los poblanos quitaban las trancas de las puertas y miraban a la abuela y al grupo de cargadores y luego volvían a trancar las puertas con golpes frescos.

Se oía el cloquear de las gallinas en los patios. Un perro flaco — más flaco que la enferma — abrió su jeta en una especie de ladrido sofocado.

Cuando llegaron a la ranchería donde operaba la Unidad Sanitaria improvisada, un grupo numeroso de campesinos en-

fermos esperaban sentados en el suelo. Otros, entre el monte, añingotados.

Se escuchaba el llanto de criaturas débiles mezclado con quejidos de hombres, viejos y mujeres.

Los cuatro doraces colocaron a la abuela india sobre la hierba cercana a uno de los ranchos y se quedaron en pié, como hieráticas velas humanas de cobre apagado.

Pasaron las horas. Llegó el mediodía. La hierba se había secado. El sol había tomado fuerzas y a latigazos castigaba — sin clemencia — a los habitantes de San Félix.

Se fue el mediodía y a esa hora, que los indios conocen, y que es la mitad de la faena en la corrida de luces de la tarde, un practicante llamó al grupo y les dijo algo.

Izaron su vívida bandera de dolor y entraron en el rancho mayor.

Cuando salieron, tal como habían entrado, mustios, en vez de estar solos iban con Madre Vieja rumbo a la capital de la Provincia.

— Las Unidades Sanitarias improvisadas no tienen los recursos necesarios para ciertos males — dijo el practicante.

Ya el sol había sido desnudado por el tiempo y su semilla de vidrio desangrado volaba entre la noche cuando ellos llegaron a la capital de la Provincia.

Por las calles aledañas — casas de quincha y de tejas — se dirigieron hacia el centro, en la búsqueda del Hospital. Las gentes de la ciudad los miraban con indiferencia.

Cuando llegaron al Hospital un portero de nítida camisa blanca, cuello alto, cerrada de botones, les impidió el paso:

— Ustedes pa' dónde van?

— Mama Vieja apagada.

— Médico debe curare.

— Madre Vieja necesita remedio.

— Dejare pasare indios.

El portero, con gesto agresivo y mano prohibitiva, contestóles:

— Este no es Hospital del Gobierno. Esta es clínica de privados. ¡Váyanse rápido!

Atrás, a las espaldas del portero, por entre grandes vidrios azulosos se podía ver un soberbio mural de colores maravillosos. Los indígenas contemplaron aquel hermoso espectáculo. Un gigante hombre blanco, con cara de santo, de fuertes manos rosadas y limpias, acariciaba las cabezas de niños indígenas, negros y blancos. Enfermeras de rostro juvenil y sonrisa perlática obsequiaban a los ancianos dulces y vasos de leche. Doradas espigas cubrían la parte superior del Mural. En una esquina rugían los motores de una cuadrilla de tractores. De una cornucopia brotaban frutas como un río. Todo era resplandor, proporcionado y atractivo. Los indígenas miraron asombrados aquél mundo de maravillas del cual los separaba un portero y los anchos vidrios celestes. El portero dijo entonces, con voz orgullosa:

— “Un pueblo sano es feliz. Mural del gran artista Carreño, el Hospital del Gobierno queda a la salida del pueblo. Vayan! Vayan!”

Deslumbrados por aquellos colores, con las bocas abiertas, los nietos de Madre Vieja la levantaron del suelo y, maquinalmente, echaron a andar en la dirección señalada, hasta perderse de vista, con su triste carga.

— Indios! — dijo el portero — piojos! — y escupió para rápidamente cubrir la saliva con sus blancos zapatos y esparcirlos por el suelo de mosaicos hasta que se secó, evaporándose como una mancha de sangre transparente.